



YO Y MI LIO

MADE IN USA



SILVER KANE



SS **SERVICIO SECRETO**



SILVER KANE

**YO Y MI LIO
MADE IN USA**

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.000

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 32.349 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1969

© SILVER KANE - 1969

sobre la parte literaria

© JAIME PROVENZAL - 1969

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Permitan ante todo que me presente, porque si no me conocen, no van a poder ustedes maldecir mis huesos, acordarse del día en que nací ni mencionar a mi madre. Yo soy el teniente Dick Tracy, el perro rabioso más hediondo de la Brigada de Homicidios de Nueva York. Tengo treinta años, pero eso se nota poco. Lo que se nota es la costra de polvo, de inmundicia, de abandono y hasta de lepra que no me he quitado de encima desde que nací. Debo oler mal a veinte pasos, porque muchos políticos se tapan las narices cuando entro en sus despachos. Según las descripciones que algunos periódicos hacen de mí, tengo la boca torcida, los ojos sanguinolentos, las orejas en forma de asa, las uñas sucias, los pies más puercos que los de un colegial sin madre.

Ése soy yo, Dick Tracy.

Cinco veces se me propuso para la expulsión cuando era sargento de la misma Brigada de Homicidios, y las cinco veces logré salvar la piel, pero mucha gente juró que me hundiría para siempre. Cuando, contra todo pronóstico, fui ascendido a teniente, una editorial en un diario de la tarde dijo: «La ciudad se viste de luto». Otro fue más fino y exclamó: «Ahora resulta que los criminales tienen su recompensa».

El criminal, ya lo pueden imaginar ustedes, soy yo.

Llevo tres meses de teniente en la Brigada. Tres meses recibiendo insultos desde arriba, cartas más o menos envenenadas, llamadas telefónicas en las que se me recomiendan desinfectantes para las habitaciones en que yo entre.

Insoportable.

Sólo un tipo con cáscara de tortuga, como yo, podría aguantar eso.

Pero, en fin, más vale dejar que todo el mundo lo vea. Dejar que las cosas marchen. Que las cartas amenazadoras vayan llegando y

suenen los teléfonos.

Lomo el de aquella noche.

Llegué a la Brigada a eso de las seis. Ya había oscurecido sobre Manhattan. Como siempre, entré en el despacho del capitán Sinclair a comunicarle las últimas novedades recibidas de todas las patrullas. Y, como siempre, el capitán Sinclair se tapó las narices en mi presencia.

El capitán Sinclair y yo somos muy amigos. Les juro que se nota. Mascullé:

—También me he duchado hoy, capitán. Y con agua caliente.

—De todos modos, huele a perro, Dick.

—No crea que con eso me ofende. Los perros son unos bichos estupendos.

—Nunca me he referido a su costra física, Dick, porque externamente va limpio. Me refiero a su asquerosa costra moral. Es el tipo más repugnante que ha puesto los pies en la Brigada desde los tiempos de Abraham Lincoln. Bueno, ¿qué hay de nuevo?

—Una redada en Greenwich Village. Y una serie de detenciones.

—A ver la lista.

Se la dejé sobre la mesa.

El capitán Sinclair lanzó una breve ojeada a los primeros nombres y de repente aulló:

—¡Noooo!...

Pero yo ya contaba con eso, de modo que no esperé a oír más.

Salí de su despacho.

Entré en mi sección, que había sido convenientemente rellenada con los policías más holgazanes, más corruptos, más sobones y más hijos de perra de toda la ciudad. Si lo que querían era desprestigiarme, lo estaban consiguiendo. En cuanto un fulano de la Brigada se dejaba comprar; en cuanto otro empezaba a aficionarse a la mandanga, en los garitos en que se expenden drogas; en cuanto a un tercero lo encontraban sobando a una pobre obrera portorriqueña, me lo endosaban a mí. Con aquella gentuza no había forma de terminar bien ningún servicio. Todo tenía que hacerlo yo. Desde rellenar las fichas hasta echar serrín sobre el suelo, cuando alguien se ponía a vomitar durante los interrogatorios.

Los «chicos» estaban allí.

Con las piernas sobre las mesas. Leyendo revistas pornográficas.

Repartiéndose los cuartos de una máquina clandestina de juego que se habían incautado. O rascándose el ombligo, como Pretty, que hasta se había desabrochado los pantalones para eso.

Pese a todo, les saludé amablemente:

—Hola, condenados hijos de perra.

Me contestó un conjunto de murmullos que iban desde la protesta a media voz hasta el alarido que no acababa de surgir.

Pasé de largo y me encerré en mi despacho.

En aquel momento sonaba el teléfono.

Lo descolgué de un manotazo.

—¡Diga!

Me contestó la voz del banquero Evans.

¿No saben ustedes quién es Evans?

Bueno, mejor sería que no lo supiesen. Pero me he propuesto explicarlo todo, y al menos he de empezar por él. Evans tiene un Banco en el *lower* Manhattan, y una serie de cajas de subsidios mediante las cuales controla los retiros y las pensiones por enfermedad de los trabajadores pobres de los muelles. Porque ustedes ya saben que los muelles de Nueva York han olido a basura desde mucho antes de que Colón saliera con sus tres carabelas. Hay *docker* que gana buenos sueldos, pero la mano de obra eventual, generalmente de color, se explotaba suciamente. De eso se encargan una serie de tipos en cuya cima está Evans, que además es agente electoral de Wallace, el racista. En Nueva York, durante las últimas elecciones, consiguió muchos votos a base de despidos y de golpes con cadenas de bicicleta. Pero eso no me importa a mí, eso no importa a la ensangrentada Brigada de Homicidios. Sólo he dicho lo que antecede para que ustedes sepan quién es Evans.

El banquero murmuró:

—Amigo Tracy, me he enterado de una noticia falsa.

—Pues si es falsa, olvídense de ella.

Y colgué.

Gesto inútil, porque el teléfono volvió a sonar apenas medio minuto después.

Era Evans, claro. Más cargado de adrenalina, más rabioso, con más veneno entre las quijadas.

—Oiga, Tracy, seguro que el capitán Sinclair ya debe tener la lista.

—No sé a qué se refiere.

—Ha hecho unas detenciones en Greenwich Village.

—Sí.

—Bueno, pues ha cometido un error. Mi hijo estaba allí por simple casualidad. Él no formaba parte de ese grupo de... de...

—¿De invertidos?

—Bueno, llámelos como quiera. Él no se junta con esa bazofia.

—No, él no se junta. Él se bazofia, señor Evans. Una bazofia pestilente que hiede a tres cuadras de distancia. No puedo hacer nada contra los homosexuales ya maduros que se reúnen en esos bares a hablar de sus cosas, pero sí que puedo hacer contra los que introducen menores en ellos. Y su hijo había llevado allí a un chico de dieciséis años. Un muchacho que aún no estaba podrido, que aún no olía mal. De modo que váyase al infierno, señor Evans. A su hijo le están repasando la ficha ahora. Y si quiere algo, dígaselo al capitán Sinclair.

Se oyó el rechinar de los dientes del banquero al otro lado del hilo. Era como el crujido de unos billetes acabados de imprimir.

—¡Sabía que no conseguiría nada! ¡Usted ha pasado la lista al fiscal del distrito antes de mostrársela al capitán! ¡Ha faltado a su deber!

—No, no he faltado a ningún deber. Reconozco que no es usual, pero todo policía con mi graduación puede dar cuenta al fiscal del distrito de lo que sepa. Y yo lo hago, ¿me entiende? De modo que... ¡al cuerno!

Y colgué.

Sabía que aquello traería complicaciones.

Evans acudiría al fiscal del distrito. El fiscal del distrito me llamaría para arreglar el asunto amistosamente. Yo le diría que no. Terminaríamos insultándonos a la cara.

Pero el hijo de Evans saldría libre.

No se puede luchar contra el dinero.

Me levanté, me encajé bien en la funda el revólver calibre 38 y pasé a la sala contigua, donde estaba «mí» gente.

Seguían como antes.

Trabajando por el bien de la ciudad.

Lancé un grito a Pretty, el que seguía rascándose el ombligo:

—¡Eh, tú, sobón! ¡Quiero saber qué ha sido de los tratantes de

droga de la calle Doce!

Pretty puso cara de susto.

—Ni rastro, señor. Se habían ido. Y nadie los conocía por allí.

—Muchacho, he pasado por la calle Doce hace media hora. El grupo estaba actuando al pleno. Sólo les faltaba anunciarse con pancartas. Había quien se inyectaba la mandanga allí mismo, en un portal. ¿Y tú no has visto nada?

—He hecho la ronda, teniente, pero...

Pegué un puñetazo a la mesa y estuve a punto de saltar sobre él. Al fin me contuve porque sabía que era inútil.

Eran basura, eran lo peor de la Brigada, pero tenía que ganármelos. Tenía que hacer con ellos algo útil, aunque estuvieran allí para hundirme.

Por eso mascullé:

—Otro día ten más ojo, muchacho.

—Bien, teniente.

Iba a soltar una especie de discurso, diciéndoles eso de que el crimen aumentaba en proporción geométrica y de que estábamos al servicio de la ley, le cual nos obligaba a... Pero mis pensamientos se cortaron. En ese momento soné el teléfono otra vez en mi despacho.

Fui allí de un salto y descolgué mientras aullaba:

—¡Diga de una vez!

Reconozco que no soy lo que se dice un tipo amable.

En cambio, la voz que llegó desde el otro lado del hilo lo era.

Pero también reflejaba ansiedad.

—Teniente Tracy... —murmuró.

—Yo mismo. Hable.

—Le llamo desde una cabina pública. Estoy en la confluencia de la calle Treinta y Cinco con la avenida Ocho. Acabo de presenciar un crimen.

—¿Qué dice?...

—Creo que me explico a la perfección, teniente Tracy.

Dije algo ininteligible.

E hice una seña a mis hombres para que localizaran aquella llamada.

—A ver, siga.

—Es en una casa de una sola planta, justo en el número 811. Yo estaba llamando por pura casualidad. De la casa ha salido entonces

una muchacha vestida de blanco. En él había grandes manchas de sangre. Yo lo he pedido ver bien porque la puerta de la casa está a unos diez pasos de la cabina. De pronto se ha dado cuenta, al parecer, de que no podía caminar así, y ha vuelto hacia el interior. Inmediatamente he colgado, he introducido una nueva ficha y le he llamado a usted.

—¿Por qué a mí?

—Es el único nombre de la Brigada que recuerdo.

—¿Aún está la chica dentro?

—Sí.

—¿La ha visto alguien más?

—No creo. En este momento no pasa nadie por la calle.

No me extrañó, porque hay calles en Nueva York que a las seis de la tarde ya parecen rumbas.

—Aguárdeme —dijo—. Llego en unos minutos. No se mueva de ahí.

Salí de nuevo a la sala donde estaban mis hombres.

Vi enseguida que nadie se había preocupado de localizar la llamada, pese a mis órdenes.

Bueno, ¿qué otra cosa podía esperar? ¿Y qué podía hacer? ¿Matarlos?

Si elevaba una queja por escrito, el capitán no le daría curso. Era su venganza. Y en cuanto a chillar, ya podía desgañitarme.

De modo que decidí olvidarlo.

Salí a la playa de estacionamiento donde esperaba mi coche. Lo tomé y me dirigí a buena velocidad hacia la calle Treinta y Cinco, esquina a la avenida Ocho.

Conocía el sitio.

No recuerdo todos los rincones de Nueva York, claro, pero ninguno me es ajeno por completo. Me detuve ante la cabina pública desde la que me habían llamado, y en la que teóricamente debía esperarme el tipo con el que acababa de hablar. Recordé de pronto que no le había preguntado ni su nombre.

Yo también cometo fallos. Y muchos.

Hace años, cuando atendía a las llamadas telefónicas de la Brigada, no me hubiera ocurrido nunca una cosa así. ¿Pero qué quieren? Con el tiempo, uno se olvida de la rutina.

En la cabina no había nadie esperándome.

Era de temer.

El tipo se había rajado.

Busqué, entonces, la casa, la 811.

Era, en efecto, de una sola planta. Las luces estaban encendidas. Tras las ventanas no se divisaba ninguna silueta.

Avancé y empujé la puerta.

Bueno, no me habían mentido.

El rastro de sangre llegaba hasta allí.

Tenía que ser uno de los crímenes más cochinos en que me había visto metido en mi vida. Pero me hundí hasta las narices en él. ¿Qué quieren que haga? Es mi oficio.

CAPÍTULO II

La puerta de la habitación en que debía haberse consumado todo estaba unos pasos más allá. Era un *living bastante confortable y bastante bien amueblado, por lo que podía verse. Todas las luces estaban encendidas.*

Me detuve en el umbral.

No supe si mirar primero al cadáver o a la chica. Les juro que las dos cosas llamaban la atención.

El cadáver, porque lo habían hecho trizas... y la chica...

Miraba como hipnotizada al muerto.

No llevaba armas, pero tampoco podía fiarme de eso. Quizá las había ocultado, y las haría reaparecer si yo me descuidaba. De modo que saqué mi 38 y masculé:

—No se mueva.

Ella no se movió.

Hasta no sabría decir por qué, pero me pareció como si mi llegada la aliviase.

Hay personas que cometen un crimen que les es insoportable, y se sienten liberadas cuando llega la policía.

Mientras la apuntaba y la vigilaba con un ojo, revisé con el otro el cadáver.

Era el de un hombre joven. Le calculé unos veintiséis años. Americano tipo nórdico. Bien vestido. Le habían cosido materialmente a cuchilladas, y la sangre empapaba la habitación. Ya he dicho que incluso había salido a recibirme a la puerta.

Entonces junté mis dos ojos sobre la chica.

Valía la pena.

Era una mezcla de americana y de vietnamita. Tenía la dulzura de rasgos de las orientales, pero la corpulencia y la línea anatómica de las americanas, que suelen alimentarse bastante mejor. Llevaba, efectivamente, un vestido blanco, como había dicho el denunciante.

Y también estaca de sangre hasta el codo.

Murmuré:

—¿Dónde está el cuchillo?

—Ahí.

Ella hablaba con un acento dulce, con una mezcla de inglés y de vietnamita. Bastaba una sola palabra para que ese acento se le quedara grabado a uno.

El cuchillo era oriental, de larga hoja curva, y recordaba vagamente a esos cuchillos terroríficos de los adoradores de Siva que todos hemos visto en nuestros años infantiles, en películas de la vieja India. También desprendía más sangre que la nave de un matadero de Chicago. La forma de algunas heridas me confirmó que sólo con aquel cuchillo podían haber sido causadas.

—Bueno —dije—, éste no es agradable para mí, muñeca, pero tendrás que explicar una serie de cosas ante el fiscal. De momento vamos a la Brigada.

Ella no se resistió.

Dejó que la dura argolla cayera sobre su muñeca derecha. La otra esposa me la enjareté yo, como es costumbre, en la muñeca izquierda.

Pero no había terminado.

En este país, cuando se detiene a alguien, hay que informarle primero de sus derechos, sin lo cual la detención no es válida. Muchas condenas han sido anuladas luego por faltar al principio ese requisito esencial. Los derechos sobre los que tuve que informar a la niña fueron dos: primero, cualquier cosa que dijera a partir de entonces podría ser usada en contra suya; segundo, podía negarse a hablar si no era en presencia de un abogado elegido libremente.

Una vez hube soltado ese discurso patriótico, me la llevé de allí.

Bueno, traté de llevármela.

Ustedes verán que para ese can hediondo que era el teniente Dick Tracy, las cosas no resultaron tan fáciles.

CAPÍTULO III

La ráfaga tenía que habernos cosido a los dos. Llegó desde el centro de la calle, desde un coche que estaba detenido ante la casa. Fue enviada a media altura y conforme a todas las reglas de la ejecución perfecta. No he entendido aún cómo falló. El que tiró sabía tirar, y nosotros éramos un blanco perfecto.

Pero esas cosas ocurren a veces, demasiado lo sabemos todos. Ya preparas las oraciones para el funeral de un tío y resulta que es él el que viene a tu entierro.

Las balas restallaron a nuestros pies, y nos hubieran atrapado acto seguido si yo no llego a ser un tío de los que tienen experiencia en eso. Tiré de la chica con todas mis fuerzas, y como ella estaba sujeta a mí, no tuvo más remedio que seguirme. Aterrizamos los dos debajo de un coche al que habían puesto multa por estacionamiento prohibido. Pero con gusto la hubiera pagado yo, vaya. Desde allí manejé mi calibre 38. Tiré directamente a las ventanillas del coche agresor, un Ford «Lincoln» negro. Juraría que alguien que estaba allí se llevó la mano a la mejilla. Por lo menos debí morder a uno. Pero no tuve tiempo de ver más, porque el torpedo se alejó, rauda y silenciosamente, calle abajo. Un momento después se había perdido de vista.

Lamenté no haber empleado las precauciones normales, que eran llegar con un patrullero y colocar policías ante la puerta. Pero últimamente me he acostumbrado a trabajar como un lobo solitario, y eso tiene sus fallos. De modo que me mordí la lengua y me aguanté.

Miré a la vietnamita.

—¿Estás bien?

—Muy bien.

—No te fíes. Hay balas que no duelen al principio. Tócate.

Nos pusimos los dos en pie y avanzamos hacía mi coche. Pero yo

ya sabía lo que ocurriría. Tenía que haber una pareja de servicio por allí. Quizá se habían metido en un hoyo para jugarse la paga a los dados, pero surgirían al oír los tiros de la metralleta.

Así fue.

Dos tipos altos como castillos vinieron hacia nosotros.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué es eso?

Les mostré mi credencial. La verdad fue que no necesitaron mirarla, porque ya tuvieron bastante con mi cara. Soy uno de los perros con bozal más buscados por todos los laceros de Nueva York. Me saludaron respetuosamente.

—¿Han disparado contra usted, teniente?

—¿Quién es esa chica?

Les señalé la cabina telefónica.

—Uno de ustedes, llame a la Brigada. Quiero que envíen enseguida a un forense que no esté borracho, a una ambulancia cuyo chofer tenga permiso de conducir y a un patrullero lleno de policías que hayan cobrado puntualmente su paga. El otro, que se coloque en la puerta de esa casa e impida el acceso a ella. Yo me quedaré con esta muñeca en el coche. Tengo que hacerle algunas preguntas.

La metí en mi trasto, que es un viejo «Zephyr».

Pienso cambiarlo dentro de poco, pero les juro que con ella dentro no lo hubiera cambiado por nada del mundo.

Ella había cruzado las piernas.

A pesar de las manchas de sangre, estaba deliciosa.

Pero dejé de fijarme en sus encantos y murmuré, sacando mi bloc de notas:

—¿Nombre?

Ella me miró con curiosidad antes de contestar.

Y retrucó con otra pregunta:

—¿Por qué no me interroga en la Brigada?

—No acabo de fiarme de la gente de allí. Te marearán. Y antes quiero tener yo una base de partida.

—¿Dice que no se fía de su gente?

—Eso es cosa mía. Hala, contesta. Al menos, tu nombre y filiación estás obligada a darlos, aunque no te halles en presencia de un abogado.

—De acuerdo. Me llamo Lina Wong.

—¿Edad?

—Veintiuno.

—¿Lugar de nacimiento?

—Saigón.

—¿Padres?

—Americano y china.

—Por tanto, naciste americana...

—Sí.

—¿Conservas la nacionalidad?

—Sí.

—Muy bien, eso simplifica las cosas. Al menos no tendremos problemas diplomáticos. ¿Quién era el tipo de ahí dentro?

—¿El muerto?

—Me parece que si le llamáramos «el vivo» quedaríamos bastante mal, nena. Estaba más destrozado que si le hubieran metido en una pecera con una colección de pirañas[1].

—No le conocía.

—¿Cómo qué no?

—Eso ya no estoy obligada a contestarlo, si no es en presencia de un abogado, teniente. Lléveme a la Brigada.

—Enseguida. Quiero hablar con el forense antes.

—Está bien. Y yo me niego a contestar.

Me aguanté porque no tenía otro remedio. Les confesaré que eso de los derechos de los detenidos me lo paso por las narices muchas veces. Que un tipo al que he encontrado tratando de forzar a una menor junto al puente de Brooklin se ponga a llamar a su abogado me da la mar de risa. Y si les hablara de los dientes que he partido en el interior de mí «Zephyr» por esa causa, se darían cuenta de por qué los fabricantes de piezas dentales progresan tanto en Estados Unidos. Pero a la chica no podía acusarla de ningún delito, de modo que, como les digo, me aguanté.

Encendí un cigarrillo y fumé lentamente, procurando que el «poli» de la puerta se diera cuenta de que tenía las manos bien visibles. No lo había terminado aún cuando llegaron el patrullero cargado de agentes azules hasta el techo, la ambulancia y el forense.

Hice una seña al guardia de la puerta y le convertí en

responsable de la chica. Yo volví a entrar en la casa, ahora para acompañar al forense y oír su dictamen provisional.

El forense era mi buen amigo Cyrus Wagram.

Mi buen amigo Cyrus Wagram es un artista del color escarlata. Para él no hay espectáculo mejor que un buen charco de sangre. De modo que al ver aquél se puso a frotarse las manos y a susurrar:

—Maravilloso... Maravilloso...

Una vez calzados los guantes de goma, se puso a sobar el cadáver.

—Perfecto —dijo—. Perfecto.

—¿Cuál es su primera conclusión, doctor?

—Está muerto.

—¡Cuerno, eso ya lo he visto! ¡Si llega a estar vivo, en lugar de llamarle a usted hubiera llamado a un practicante para que le pusiese una inyección de vitaminas!

—Usted me ha preguntado por mi primera impresión —dijo Wagram, reticente—, pero lo que quiere saber es la segunda o la tercera. Bueno, vamos allá. A este tipo lo han cosido a puñaladas con...

—¿Con esa hoja?

Señalé la que había visto antes. El forense asintió.

—Sí, pudo ser ésa. Me la llevaré para examinar la forma de los tajos. Lo han atacado de frente.

—¿De frente? —balbucí.

—¿Y por qué no?

—La sospechosa es una mujer.

—Bueno, ¿y qué? Las mujeres son justamente las que pueden hacer eso. Las que se acercan para darte un beso y te sueltan una puñalada. En cuanto al tiempo de la muerte, llevará una hora fiambre, más o menos.

Ése fue un dato que me sorprendió de verdad.

Había transcurrido mucho menos de una hora desde que alguien me avisó lo que acababa de ver a través de una cabina telefónica.

—¿Seguro, Wagram? —mascullé.

—Seguro. Me baso en la temperatura del cuerpo y en la coagulación de la sangre, así como el color de ésta. ¿Tanta importancia tiene un minuto más o menos?

—En este caso, podría detenerla.

—Bien... Entonces, en el informe cuidaré especialmente ese punto. El análisis de los alimentos que pueda haber en el estómago me dará datos exactos. Y ahora, que los muchachos disfruten. Hala, su turno.

Los muchachos eran los fotógrafos de la policía, que se hartaron de sacar placas sobre el cadáver y la habitación. Los expertos en huellas ya estaban repartiendo polvos de aluminio por todas partes. La habitación, antes tan tranquila, se había convertido en una especie de barraca de feria en la que la gente no pisaba al muerto por verdadera casualidad.

Cyrus Wagram extrajo un emparedado de uno de sus bolsillos y se dispuso a zampárselo.

—¿Gusta, teniente?

—Oiga... ¿va a tragar eso ahora?

—¿Y por qué no? Tengo apetito.

Me enseñó el interior del emparedado. Había en él un pedazo de carne con salsa de tomate.

Sentí una arcada y salí.

La chica seguía quieta en el coche, esperando que yo tomara una decisión. Yo ya la había tomado: llevarla a mi apartamento. Pero como eso no podía ser, dije:

—Vamos a la Brigada.

Nos largamos hacia allí.

La Brigada ya estaba llena de periodistas y de fotógrafos de Prensa. Todos se lanzaron hacia nosotros apenas nos vieron entrar.

Recuerdo que cuando entré a trabajar por primera vez en la policía, me maravilló el que aquella clase de tipos se enteraran tan pronto de lo que sucedía, y acudieran allí apenas las paredes empezaban a mancharse de sangre. Hasta me parecieron seres dotados de un instinto especial. Luego me enteré de que la cosa no era tan complicada: el encargado de la centralita cobraba de los periódicos por comunicarles todo lo que ocurriera de importante. Y, desde un tiempo atrás, todos los líos en que anduviera metido el teniente Dick Tracy eran importantes para la Prensa.

A mí los periodistas no me son antipáticos.

Al contrario, he contado con ellos muchas veces para hacer oír mi opinión y para sacar algunos trapitos a que terminaran de pudrirse al sol.

Lo malo es que quieren que uno les de respuestas cuando aún no sabe nada. De modo que esta vez me limité a apartar a los más audaces, hice un par de guiños a las cámaras de los fotógrafos y metí a la chica en mi sección, empujándola por dónde pude.

(Al maldito que publicó al día siguiente una foto indicando bien claramente por qué sitio la empujaba, le partiré la boca un día de éstos. Lo juro).

Mis hombres seguían laborando entusiásticamente por el bien de la ciudad. Aquello apestaba a calcetines sucios, a tabaco barato y a carne de gandul. Lo más que hicieron al ver entrar a la chica fue esconder las revistas pornográficas. Pretty, por fortuna, llevaba los pantalones abrochados. Finney, uno de mis mejores tiradores (lo cual me servía de bien poco, porque había jurado que me mataría), dejó caer una jarra de cerveza al suelo.

—¡Infierno, qué chica!

—¡Teniente, esta vez sí que vamos a divertirnos todos!

—¿De dónde la ha sacado?

Les di un par de empujones, busqué una silla limpia e hice sentar a Lina Wong. Ella volvió a cruzar las piernas suavemente. Todos se quedaron anhelantes, mirándola, como perros a los que enseñan de lejos una salchicha.

Le puse un teléfono a su alcance.

—Bueno, nena, aquí tienes.

—¿Para qué me da eso?

—Para que llames a tu abogado.

—Es verdad. Había olvidado los derechos que me conceden las leyes de este gran país —dijo, burlonamente.

Y disco un número.

—Señor Ramsay —llamó.

Quedé petrificado.

Ramsay es el abogado más caro de Nueva York. Sólo interviene en asuntos en que están metidos senadores y gente de aúpa. Las propinas de mil dólares caen de sus manos como si fueran lluvia de primavera. Cada vez que viene a la Brigada, hasta el capitán Sinclair sale a recibirle a la puerta.

La chica continuó:

—Soy Lina Wong. Estoy en un conflicto, señor Ramsay. Me han traído a la Brigada de Homicidios y supongo que me acusarán de

asesinato en primer grado. Necesito que me ayude.

Debió escuchar una respuesta satisfactoria, porque dijo:

—Gracias.

Y colgó.

Yo chasqué dos dedos.

—Nena, si lo que querías era verte en la calle, ya lo has conseguido. No hay fianza que Ramsay no pague, y no hay fiscal del distrito a quien no tranquilice. Pero para meterte en mejunjes con un tío así, necesitas tener mucho dinero. ¿De qué vives?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo obligación de contestar a esa pregunta.

—¡Claro que la tienes! ¡Es lo primero que hace falta saber! ¿De qué cuerno vives?

Pretty rió silenciosamente.

—Quizá sí que viva de los cuernos, jefe —dijo con indolencia.

—Tú cállate.

—Sólo he dado mi opinión, jefe. Uno quiere ayudar y resulta que...

Lina Wong dijo, encogiéndose de hombros otra vez:

—Le sacaré de dudas. Soy modelo publicitaria.

—¿Dónde?

—En Saigón.

—Allí nadie se gasta el dinero en contratar a una muñeca como tú, nena. Por lo menos, para sacar fotografías.

—Eso lo dice porque no ha estado en Vietnam. Allí hay muchos murales con fotos mías. Lo mismo anuncio una limonada que un portaligas para chicas decentes.

Apunté el oficio. Mis hombres estaban más entusiasmados cada vez. En cuanto la chica cambiaba la posición de sus piernas, se producía en la sala una especie de revuelo.

Naturalmente, le pregunté otras cosas, como, por ejemplo, su domicilio en Nueva York. Resultó que la muy condenada vivía en el Pier, el más caro y exclusivo de la ciudad. Constaté el dato y resultó que era cierto. Pero en cuanto quise saber algo de sus relaciones con el muerto, se negó en redondo a decir una palabra.

En eso llegó Ramsay.

De Ramsay sólo les he dicho hasta ahora que repartía buenas propinas y que era el abogado más caro de Nueva York. Bueno, diré

algo más. Diré, por ejemplo, que no sabía una palabra de leyes. Que nunca había redactado un escrito pidiendo una libertad provisional, por ejemplo. Pero no había fiscal, juez, ayudante o policía que no le debiera algo. Estaba relacionado con lo más alto de esta ciudad, que es la más rica del mundo. Una legión de ayudantes anónimos que sí que entendían de leyes redactaban los escritos, mientras él resolvía los asuntos por teléfono o con una entrevista de esas que empiezan con las palabras: «Pero mi querido amigo...».

Ramsay sonrió amablemente y repartió cigarros habanos para todos. Los hubo hasta para mí, aunque yo no le di las gracias. Desde la oficina telefoneó al fiscal del distrito, le expuso los antecedentes del caso —sacándolos de lo que nosotros ya habíamos escrito en la máquina—, y le preguntó qué tipo de fianza exigiría. Cuando el otro le habló de diez mil dólares, Ramsay sonrió y colgó. Luego firmó un talón y lo entregó a su chófer —que aguardaba, respetuosamente, en la puerta—, para que lo llevara a la oficina del fiscal.

Por fin cruzó las manos y me miró sonriente.

—Ya está, teniente. La orden de libertad provisional llegará antes de una hora. ¿Me espero aquí o en mi coche?

—Mejor será que se espere aquí, Ramsay. Quiero acabar de interrogar a esta muñeca, y esas cosas se hacen mejor en presencia de un tipo como usted.

—De acuerdo... Siga, siga. Yo no quiere estorbar.

El interrogatorio fue breve, porque la chica se encerró en una serie de sucias negativas de las que no pude sacarla. Ella no había cometido el crimen, no conocía al muerto ni sabía cómo había llegado a entrar en aquella casa. Simplemente, paseaba cuando oyó un grito y entró, hallándose de narices a boca con aquella fiesta.

Yo estaba seguro de que mentía, pero con ella no podía emplear mis métodos.

De modo que cuando llegó la orden de libertad, la dejé marchar, tras solicitar la conformidad del capitán Sinclair. Éste no se opuso. ¡Qué había de oponerse! La casita que aún estaba pagando a plazos tenía en todas las letras de cambio el aval de Ramsay.

Cuando la chica se fue, yo me quedé pensativo.

Hay cosas que nunca he entendido, cosas que nunca me han gustado.

Aquel asunto olía mal desde el principio. Olía a juego pequeño

con el que se trata de disimular un juego más grande.

De modo que tomé una decisión y me largué al hotel Pier.

¿Ustedes no lo conocen?

Mejor, porque se han ahorrado un buen puñado de dólares, francos, libras, marcos, pesetas, piastras o cualquiera que sea la moneda que usen. Un buen puñado, de verdad. Pero acompañenme.

CAPÍTULO IV

Así como el hotel Waldorf Astoria es el de los ricos «clásicos», el Pier es el de los ricos de hoy. Está en el mejor sitio de Nueva York, en la Quinta Avenida, junto a Central Park. Cerca de allí está el único sitio de la gran metrópoli donde aún se pueden alquilar coches de caballos para dar paseos a la luz de la luna. Y están las tiendas más caras, las mujeres más bonitas y los aventureros más solapados. Dormir en el Pier ronda los cincuenta dólares por noche. No es extraño, así, que Nixon estableciera en él su cuartel general durante las elecciones. A Nixon no le venía de un machacante.

Pero a mí, sí. Por eso no he dormido nunca en el Pier, y solamente he ido a él en plan de perro sabueso, como ahora. Y llevando la chapa en el collar para que no me echasen fuera a las primeras de cambio, como a un can indeseable.

Mostré la placa al conserje y le pregunté por Lina Wong.

El conserje ya me conocía. Buscó con los ojos el bozal, y al no encontrarlo, se parapetó tras el *comptoir*. Me indicó la habitación y me dijo que la ninfa ya tenía una visita.

Fue eso lo que me hizo moverme más aprisa.

Ella estaba en una *suite de la planta cuatro. Recibidor, salón, cuarto de baño y dormitorio. Precisamente en este momento se estaba friccionando bajo la ducha. El tipo que la acompañaba la estaba mirando con unos ojos así de grandes.*

También su pistola era así de grande.

Una «*Parabellum*» del nueve largo que podía haber sido exhibida en un museo de artillería.

Cuando el fulano me vio entrar de repente, trató de disparar. No era de los que se paran en chiquitas. Se trataba de uno de esos tiburones que, por el ansia que ponen en apretar el gatillo, parece como si cobraran a tanto la pieza.

Naturalmente, no me estuve quieto.

El fulano se había distraído mirando a la ninfa, y eso le hizo darse cuenta de mi presencia cuando ya me tenía encima. Aproveché la ocasión.

De un golpe seco a la muñeca le hice soltar la pistola. Un gancho a la mandíbula hizo que pusiera la cara como a mí me gustan: un poco alzada, de costado y con aspecto de ir a hacerse un retrato. Se lo hice. Del nuevo gancho le hice saltar hasta el otro lado de la habitación. Mi sospechosa número uno lanzó un grito.

El fulano de la «*Parabellum*» ya no se movía.

Sólo gemía entrecortadamente, con los ojos en blanco.

Lo arrastré hasta el centro de la habitación y vacié sus bolsillos. Podía hacer aquello con la mayor tranquilidad, porque yo no soy un torpedo al servicio de un *gang*, *ni un detective privado al servicio de un comerciante, sino un teniente de la Brigada de Homicidios. Puse sobre la mesa una enorme cantidad de cosas que aquel tipo llevaba encima, desde las balas de repuesto a llaves falsas, pasando por dinero sujeto con gomitas y fotos de chicas muy out (lo del out lo digo por su ropa, que no se sabía dónde estaba). Luego lo arrastré hasta el lavabo y le puse la nuca bajo el grifo; por fin, lo arrojé sobre la alfombra.*

La sospechosa número uno, a todo eso, se había estado quieta, viéndome hacer.

Mientras se estaba quieta se iba poniendo, de todos modos, unas cuantas prendas. Cuando dediqué plena atención a ella, la exhibición había terminado.

—Bueno —mascullé—, ahora habla.

—¿Hablar de qué?

—¿Qué ha sido esto?

—Me estaba duchando para irme a dormir cuando él ha entrado —explicó Lina.

—¿Con llaves falsas?

—No hace falta. Nunca cierro la puerta.

—Mal hecho, teniendo unas piernas como, las que tienes. Cualquier noche te las roban. Bien, sigue.

—Me ha dicho que continuara duchándome. Por lo visto, el espectáculo no le desagradaba del todo. Entonces has entrado tú.

—¿De qué ha estado hablando mientras te duchabas?

—Sólo de que quería llevarme a un sitio, y de que no me convenía hacer resistencia.

—¿Te ha dicho a cuál?

—No, no ha llegado a concretar tanto.

—¿Sabes que ese tipo es un torpedo?

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que es el arma de combate de alguien que sigue bajo el agua, sin enseñar la tripa. Él no obra por cuenta propia. Detrás de él hay un submarino así de gordo. Lo que nos interesa es saber quién es.

Y le golpeé con la puntita del índice en un puesto muy delicado, sin que esta vez hubiera nadie que sacase una fotografía.

—¿Tú no sabes quién es? —dije.

—No. Ni idea.

—¿Qué hay detrás de todo esto, Lina?

—No sé a qué te refieres.

—A que te dejaste atrapar con demasiada facilidad en aquella habitación donde estaba el muerto.

—Cuando a una la atrapan, siempre parece fácil.

—Hay más. Existe la posibilidad de que no lo mataras tú.

Lina parpadeó.

Mis palabras la sorprendieron, sin duda, pero supo aguantar bien el golpe.

—Yo no diré una palabra —musitó—. Si lo maté o no lo maté, es cosa que tiene que demostrar el fiscal.

—Pero antes de empezar el juicio tendrás que declararte culpable o inocente. Es una fórmula que exige la ley. ¿Qué harías ahora, muñeca: declararte inocente?

No me contestó.

Apretó los labios y paseó por la habitación una mirada que me pareció de mujer acorralada, pero al fin se rehízo.

—¿Qué? ¿No contestas?

—No.

—¿Quién paga a Ramsay?

—Yo.

—¿Quién llamó desde la cabina telefónica?

—No lo sé.

—¿Por qué no estaba aguardándome cuando yo llegué, como

había prometido? No tardé más de unos minutos.

Se llevó las manos a la cabeza, porque mis preguntas empezaban a marearla.

—¡No lo sé! —gritó—. ¡Juro que no lo sé!...

Me volví entonces hacia el torpedo, que ya empezaba a hacer excursiones por la habitación.

Andaba a gatas de un lado a otro, buscando una escapatoria.

—¿Qué sabes tú? —le pregunté—. ¿Qué es todo esto? ¿Una sucia comedia?

Él no me contestó.

Pero alguien lo hizo en su lugar.

En aquel momento sonó el teléfono.

Lo descolgué y escuché la voz de Valiant.

Tenía que haberlo imaginado.

Valiant es uno de esos tipos que andan metidos en todos los negocios sucios de Nueva York, lo cual quiere decir que está de alquitrán hasta el cuello. Nunca suele trabajar por cuenta propia. Él es un torpedo a su vez, o mejor dicho, un jefe de torpedos. Si usted quiere que una serie de alegres muchachos incendien el comercio de su competidor, llame a Valiant. Si desea que el marido de su amiguita acabe con reuma en el fondo del Hudson, telefonee a Valiant, no lo dude. E igualmente, si desea que un par de granujas hagan un trabajo a precio fijo. Él se los proporcionará, él cobra, él responde de los resultados y luego él los hace desaparecer.

Hasta se dice que admite plazos. Y abonos, que es peor.

En eso de saltarse la ley a la torera, hay en mi país más facilidades que para tomarse una Coca-Cola.

Pues bien, era Valiant el que me llamaba. El patrón de la piltrafa humana al que antes había acariciado la mandíbula y que ahora me estaba limpiando los zapatos con la lengua.

Murmuró:

—¿Joe?

—Joe está ahora babeando, amigo. Le he sorprendido en plenas funciones. Soy el teniente Dick Tracy, de la Brigada de Homicidios.

Noté que iba a colgar.

—No lo haga —dije.

—¿Qué quiere, Tracy?

—Dígame quién le paga.

—No me sacará una palabra, Tracy —escupió por teléfono—. No tiene pruebas contra mí. Puedo negar que he hablado con usted. Ese imbécil al que tiene apresado no mencionará mi nombre. Y si desea meterlo cinco años en la cárcel por extorsión, hágalo; que se pudra.

—Oiga, Valiant, vamos a ser razonables.

—Eso está mejor.

—Usted nunca ha sido barato. Detrás de este mejunje hay mucho dinero. ¿Quién paga?

—Ya volvemos a estar con lo mismo. No se lo diré. Además, yo tengo clientes de todas clases. No han de ser necesariamente ricos.

—Basta esa frase para que me convenza de que su cliente es esta vez multimillonario, Valiant. Además, hay otro dato: Debe tener un nombre de los que suenan de verdad.

—¿Por qué?

—El Pier es un hotel muy serio. Cuando alguien pregunta por un cliente, avisan a la habitación de éste. Elemental, ¿no? Sólo en algunos casos no lo hacen. Por ejemplo cuando el que pregunta es un buitre de la Metropolitana como yo. O cuando el que pregunta es un torpedo que dice venir de parte de alguien que está flotando en las alturas. Eso es lo que ha ocurrido, ¿no, Valiant?

Valiant se puso suave.

Debió comprender que yo estaba en el buen camino y que le convenía tratar conmigo, porque murmuró:

—Hagamos un trato, Tracy.

—¿Qué trato?

—Ha acertado en una cosa.

—¿En que hay dinero?

—Sí, y le puede corresponder una buena tajada.

—Hasta los niños de las escuelas saben que yo no me vendo, Valiant.

—Al menos no se niegue a hablar del asunto. Puede convenirle.

—Muy bien. ¿Dónde?

—En la Doce, esquina calle Ocho. Vaya solo y sin armas. Yo mismo le esperaré a la entrada de los docks que hay en esa zona.

—Los conozco como si hubiera tenido una novia en ellos. Estaré allí dentro de media hora.

Dije «media hora» porque era un plazo corto, durante el cual

Valiant no podría preparar nada importante.

Ante mi sorpresa, accedió.

—De acuerdo, pero hay una condición —dijo—. Tiene que soltar a Joe, ese pobre chico.

—Yo también impondré mi condición: Nada de molestar más a Lina Wong. Si alguien vuelve a acercarse a ella, tiraré a matar, ¿entendidos?

—Acepto el arreglo, Tracy.

Y Valiant colgó.

Yo tragué saliva poco a poco, mientras dejaba que crujieran mis nudillos.

Me había metido en un buen lío, pero ¿qué iba a hacer? Sólo existía un modo de llegar al fondo del pozo de alquitrán: tirarme de cabeza a él. De modo que sujeté a Joe, le pegué un rodillazo en el bajo vientre y lo dejé sentado en el pasillo mientras escupía hasta los caramelos que chupó en el colegio.

Después me volví hacia Lina Wong.

—Procura no moverte de aquí —dije—. No van a hacerte nada, de momento. Métete en cama y sueña en los angelitos. Volveremos a vernos.

Ella no contestó.

Parecía asombrada ante todo aquello.

Ya en la puerta, la apunté de nuevo con el índice.

—Estás a disposición del juez, muñeca, no lo olvides. La libertad bajo fianza no significa que puedas dar un paso por tu propia voluntad. De modo que si intentas cambiar de residencia te la vas a cargar de lleno, ¿entendido?

Ella tampoco contestó.

A mí me gustan las mujeres que se están calladas. Las chicas que no dicen nada y que le dejan hacer a uno. Pero con Lina Wong no podía intentarlo, de modo que me largué.

Tenía el tiempo justo para llegar a los docks.

Esa noche las cosas no me salían bien. Tenía en el parabrisas una multa así de grande por aparcamiento indebido.

CAPÍTULO V

Los muelles de Nueva York tienen fama de ser los más inmensos del mundo. No podría discutirlo. No he visto los de Hamburgo, Rotterdam, Tokio y Singapur, que también son de aquí. Pero si les aseguro que los de mi ciudad natal dan vértigo a cualquiera que se sumerja en ellos. Hay algunos rincones en los que el municipio debería advertirle a uno que haga testamento antes de entrar. Toda la Avenida Doce es un peligro a partir de las nueve de la noche. Y lo peor es que lo que ocurre en los docks nunca se averigua del todo, porque allí rigen unas leyes distintas. Allí mandan los sindicatos, los gangs, los caciques... Puedo asegurarles que en los docks un teniente de la policía Metropolitana vale lo que valgan sus puños, y ni un miligramo más. De modo que estaba en mal terreno.

Pero tenía que probar.

Dejé estacionado mi «Zephyr» con las luces de situación encendidas y me dirigí al lugar de la cita. Lo de las luces de situación no era un mal truco. Siempre podrían llamar la atención de la pareja de ronda, de la que quién sabe si iba a necesitar una ayuda. Pero me convencí de que las cosas iban a ir mal cuando alguien, a mi espalda, apagó las luces del vehículo. Yo había dejado en él a mi perro más fiel, mi calibre 38. Quería jugar limpio esta vez. Quería saber lo que pretendían de mí, pero yendo por el camino que habíamos convenido.

Aquella parte de los docks estaba más negra que el tocado de una viuda. Sólo se distinguía un poco el rielar de las aguas del Hudson. De todos modos yo empecé a ver estrellitas hasta por el cogote cuando me atizaron el primer golpe.

Habían contratado a un campeón.

Lo supe por el modo de pegar. Era demoledor, era una auténtica bestia. Todos mis huesos crujieron. No soy un alfeñique, y les aseguro que en un *ring* haría buen papel. Pero mi categoría

corresponde a los medios. Y aquél era un pesado, un pesado de narices. O dos, porque enseguida noté que me atizaban también por el otro lado.

Intenté defenderme ciegamente.

No había por qué guardar los reglamentos allí, de modo que lo intenté todo.

El punterazo a la ingle. El golpe a la nuca. El rodillazo entre las piernas. Todo.

Pero los que habían de ocuparse de mí lo hacían a conciencia. Al primer grupo de dos, se sumaron otros tres. Aunque éstos no eran contundentes, completaban muy bien la orquesta. Todo lo que hice fue inútil. Derribé a dos de ellos, pero los otros me vapulearon a placer, me machacaron los sesos, me colocaron en el lado derecho las costillas que estaban en el lado izquierdo. Y menos mal que sólo usaron los puños, porque si llegan a utilizar una simple llave inglesa, allí mismo me matan. Quedé jadeante, destrozado, con el rostro lleno de sangre y con ganas de apuntarme a un curso de respiración por correspondencia, porque ya no sabía ni cómo se hace eso.

Por fin, Valiant se acercó a mí.

Traté de sujetarle por el tobillo para hacerle caer, pero el tío me pisó los dedos a placer, hasta que casi perdí el sentido.

Luego masculló:

—Sólo hemos querido darte una lección, Tracy. Podíamos haberte matado, y tú lo sabes. Pero somos buenos chicos. Por esta vez solo se trata de que entres en razón.

—¿En razón... sobre qué?

—No te ocupes más de la chica.

—Ella está acusada de homicidio en primer grado.

—Muy bien, pero ése no es asunto tuyo, Tracy. Tú ya has hecho un atestado y lo has llevado a la oficina del fiscal del distrito, quien ha extendido una orden de libertad bajo fianza. Lo demás no te importa. Deja de ocuparle de ella. Y hasta, si eres buen muchacho, tienes algo a ganar.

Dejó caer una lluvia de billetes encima de mi cabeza. Pero el muy cochino ni en eso jugaba a lo grande. Eran billetes de a dólar. Escupí sobre ellos, o más bien traté de escupir. Tenía la boca tan destrozada que no pude.

Valiant rió silenciosamente.

—Bueno, muchacho —dijo—. Piénsatelo. No te van a ascender a capitán por mucho que hagas el burro. Y si te dan una medalla, tendrás que llevarla a la casa de empeños para poder pagarte una dentadura postiza. Sólo quería decirte eso, amigo mío, cariño, amor. Y ahora... ¡púdrete!

Volvió sobre sus pasos en compañía de la cuadrilla.

No necesitó andar mucho, porque había estacionado el coche muy cerca.

Al abrirse las portezuelas, se encendieron automáticamente las luces.

Y entonces vi aquellas piernas. No vi la cara, porque la chica estaba echada hacia atrás. Pero sí que sus piernas, demonio. Eran como para marearse. Las lucía hasta arriba. Sus medias oscuras aún lo parecían más a la luz plomiza del interior del coche. Luego ella cerró la puerta y arrancó, apenas la *troupe hubo subido*.

Me quedé viendo visiones.

Porque puede que yo olvide la cara de una chica, aro nunca olvido sus piernas. Y estaba seguro de que éstas las había visto antes.

Pero no me quedaba tiempo para recordar. Tenía la cabeza hecha trizas.

Y perdí el conocimiento mientras intentaba arrasarme inútilmente sobre el asfalto de los docks, con mis dedos bañados en sangre.

CAPÍTULO VI

Sinclair vino a verme al hospital a la mañana siguiente. El capitán lucía su mejor sonrisa. Me habían dado una lección, y él no lo lamentaba. Me preguntó muy amablemente por mi estado y me preguntó que por qué no me tomaba un par de semanas de vacaciones.

—Le harán bien, muchacho. Ha trabajado mucho últimamente. Por dentro tiene que estar hecho migas.

—Capitán, le sugiero respetuosamente que se olvide de mis vacaciones —susurré—. Al contrario, tiene que poner a la gente a trabajar.

—¿La gente? ¿Quiénes?

—Pretty y todos esos buitres.

—¿Su grupo?

—Ujú.

—Su grupo no ha dado golpe desde que lo fundaron, teniente. Está compuesto por la más hermosa colección de hijos de hiena que ha tenido nunca la policía Metropolitana. No les pida nada. Cualquiera día van a solicitar un ayudante para que les encienda los cigarrillos y les rasque los ombligos. De modo que si quiere que le venguen, olvídelo.

—Sé quién lo hizo, capitán.

—¿Está seguro?

—Era Valiant.

—¿Cómo lo vio? Era de noche, ¿no?

Adiviné enseguida por dónde iba el capitán.

Iba a echar tierra al asunto. A él le habían enseñado un dólar, y el tío le había clavado los dientes. Debía estar de pasta hasta el cogote. Seguro que el dinero de su cuenta corriente asomaba ya hasta por las ventanillas del Banco, porque no cabía en las cajas.

—Capitán —dije—, insisto en que era Valiant.

—Bueno, bueno. ¿Firmará una denuncia contra él?

—Pues claro...

—De acuerdo, de acuerdo... Pero no se dé prisa, ¿eh? Todo se andará, muchacho.

Me mordí los labios.

Yo no podía insultar al capitán Sinclair. No podía tampoco atizarle un puntapié entre las ingles. No podía nacer nada de lo que me hubiera gustado hacer.

De modo que le dije:

—Sí, capitán, todo se andará.

Y apenas había atravesado la puerta cuando decidí hacer las cosas por mí mismo. Decidí que llevaría aquel asunto a mi manera, como un lobo solitario. Que llegaría al fondo del pozo de alquitrán y que clavaría mis dientes en él.

Necesitaba animarme ante todo.

Pedí a la enfermera que me diese las ordenanzas de la policía, que siempre llevo en mi traje, porque quería repasarlas. Ella me las dio. Consisten en un libro bastante grueso, negro, con ejemplos y comentarios.

Pero yo nunca lo he leído, a pesar de que se dice que tengo una gran afición a él, porque muchas veces me lo ven en las manos.

¿Saben el secreto?

Las hojas están huecas, y dentro de ellas escondo una botella chata de *whisky*.

Me «bebí» todos los reglamentos de una vez.

Así asciende uno. Sabiendo por dónde anda.

El recuerdo de aquellas piernas me obsesionaba. Bueno, seamos sinceros. También le hubiera obsesionado a usted. Y a usted, que mira de reojo para ver si alguien adivina lo que está leyendo. Eran unas piernas sensacionales, preciosas. Pero yo no las recordaba con ningún mal deseo. Sólo las veía como el medio de llegar al fondo del pozo de alquitrán, donde pensaba clavar los dientes.

Pasé una noche entera recordando aquellas piernas.

Y cuando, a la mañana siguiente, estuve seguro de no equivocarme, me levanté.

Aún se notaban las huellas de los golpes en mi rostro.

Ya no tenía cara de perro cazador, sino cara de perro apaleado.

Mis ojos parecían hundidos. Estaba lleno de moraduras, y menos mal que la mayor parte de ellas no se veían, porque quedaban debajo del cuello. Pero después de ducharme me sentí mejor. Me vestí el traje nuevo que me había hecho traer y salí del hospital desobedeciendo a los médicos, pues éstos aún no me habían dado el alta.

Tenía el «Zephyr» a la puerta. «He de cambiarlo —pensé otra vez—. Está más baqueteado que yo». Pero como tantas otras veces, dejé de pensar en ello cuando me puse al volante y el motor respondió perfectamente. Rodé a poca velocidad hacia el Lincoln Tunnel.

Me iba al vecino Estado de Nueva Jersey.

La casa a la que me dirigí era de auténticos millonarios. Tenía dos piscinas, campo de tenis, pista para equitación y hasta un pabellón para guateques de altura, de éstos en que la gente termina rompiéndose las narices. Yo conocí precisamente la casa por el pabellón. Había estado en él una vez, durante uno de esos guateques de altura. ¡Y qué altura!

Dejé el coche ante las escaleras de mármol de la casa, al final del sendero enarenado.

Un buitre que debía pertenecer al peso pesado vino a mi encuentro, saliendo de la puerta principal.

—Buenos días, señor —dijo, enseñándome los dientes.

—Buenos días.

—A la señorita Mansfield.

—La señorita Mansfield no está.

Hice una mueca imprecisable y dirigí la mirada hacia el pabellón que se distinguía al fondo de la casa.

En él había cuatro negros limpiando cuatro coches. Los habían sacado fuera, a la sombra, para apreciar mejor todos los detalles de suciedad que conviniera eliminar. Los cuatro coches eran como para marear a cualquiera, y en especial a mí, que llevo rodando cinco años con el mismo modelo. Se trataban de un «Rolls» para fiestas de gala; un «Lincoln Continental» para viajes largos; un «Maserati» para deporte y un «Ford Cobra» plateado para compras por la ciudad. A la Mansfield no le faltaba detalle. Ella podía permitirse esos lujos, y otros que la gente no sabía.

Produje un chasquido con el pulgar y el corazón de la derecha.

—Amigo —le dije—, me he informado de los coches que tiene

matriculados la señorita Mansfield antes de venir aquí. Tiene esos cuatro. ¿Qué le ha pasado hoy? ¿Se ha largado en autobús?

Yo había dicho aquello al azar, porque no sabía si la Mansfield tenía cuatro o seis coches. Pero acerté. El del peso pesado arqueó una ceja.

—No insista, teniente Tracy —masculló.

Por lo visto me conocía.

En parte.

Fui directo hacia la casa, olvidándome de su presencia, y el tipo me sujetó por el cuello.

Entonces fue cuando empecé a conocerme mejor.

Sin girarme del todo, le propiné un codazo que le hizo tambalearse. Luego me giré y se encontró con mi puño derecho. Estábamos en el peldaño número cinco y por eso no se mató. Si llegamos a estar en el diez, la caída le rompe el cráneo.

Me froté las manos y seguí.

Pero en contra de lo que el otro pensaba, no terminé de entrar en la casa.

Algo me decía que la Mansfield no estaba allí, sino en el pabellón. De modo que cambié de rumbo la proa y me dirigí hacia el edificio que estaba a un lado del enorme jardín. Nadie más trató de detenerme.

No sé si ustedes habrán visto alguna vez un pabellón de esa clase.

No se lo deseo.

Uno, al entrar en un sitio de éstos, piensa que lo pasará muy bien, y a veces lo pasa, efectivamente. Pero las consecuencias suelen ser lastimosas, incluso en una sociedad tan tolerante como la nuestra.

El local era muy grande y de una sola planta, pero con techo muy alto. Tanto que de él podían colgar trapecios, redes y otros artefactos que parecían propios para exhibiciones de circo. A los lados había pequeños y discretos palcos, así como dos enormes bares. Todo el espacio central, que era enorme, estaba libre, para que los invitados pudieran dedicarse a bailar.

Apenas había atravesado el umbral cuando una voz me saludó desde arriba.

—¡Eh, teniente!

Alcé la cabeza.

La Mansfield estaba allí, en el trapecio. Volaba de un lado para otro, ágilmente, como una libélula. ¡Pero qué libélula! Seguía teniendo más piernas de campeonato. Seguía llevando las medias de aquel color sensacional que usaba siempre. Seguía mostrándose generosa al enseñar sus cosas.

Y en lo alto de un trapecio ya se sabe: aunque quisiera, no hubiera podido evitarlo.

De pronto se dejó caer.

La exhibición resultó portentosa mientras brincaba sobre la red, antes de que sus tacones tocaran el suelo.

Confieso que tenía la boca seca.

Las manos me temblaban.

Serena, Mansfield se acercó a mí.

—¿A qué ha venido, teniente? ¿A aguarme la fiesta otra vez?

—No ha olvidado la última vez que estuve aquí, ¿verdad?

—Hay cosas que no se olvidan, Tracy. Quiso hundirme, pero ya ve que no lo consiguió. ¿Qué pretende ahora?

—Hablar con usted.

Ella suspiró y se sentó en el borde de la red, sin preocuparse de lo incitante que resultaba su postura. ¿O quizá se preocupó demasiado, aunque no lo pareciera?

—La última vez que estuvo aquí, teniente, esto era una joya —dijo—. Una bombonera. Había reunido a la buena sociedad. Era una fiesta a lo grande. Y se presenta aquí con una colección de sus cochinos policías y se me lleva al menos a una docena de invitados. ¿Cree que eso puede olvidarse?

—Mis policías eran cochinos, pero los invitados que me llevé lo eran más —dije—. Se habían hartado de distribuir sobrecitos de mandanga entre la gente que llenaba este pabellón. ¿Qué comisión le reservaban a usted, Serena Mansfield? ¿Quién le pagaba esa fiestecita de «promoción» de la droga? ¿Y aquellas muchachitas que estaban en lo alto del trapecio? Algunas tenían quince años. ¿Quién las puso allí?

Serena Mansfield apretó los labios.

Era muy hermosa, pero tenía las facciones endurecidas, casi metálicas. El dinero puede arrastrar mucha podredumbre, y toda la podredumbre que arrastra un río de dólares se había depositado

ahora en las facciones de la mujer. Resultaba imposible decir cuándo había empezado aquello y quién fue el primero que la corrompió. ¿Uno de esos políticos del Sur cuyo presupuesto es superior al de algunos Estados europeos? ¿Un traficante internacional de drogas? ¿Un asesino de altura? El caso era que Serena Mansfield, desde años antes, basaba su cuantioso presupuesto en la corrupción, una corrupción que se extendía desde las drogas hasta las muchachas menores de edad, y que se materializaba en sus «fiestas». Pero resultaba intocable.

No en vano era la hija de un general.

La hija de un general que tenía, además, en Vietnam, una posición preeminente.

Quizá fue eso lo que produjo aquella especie de relampagueo de luz. Quizá fue eso lo que me empezó a orientar un poco, sólo un poco, en aquel laberinto donde no veía claro. Pero mascullé:

—Esta vez no he venido a estropear sus fiestas, señorita Mansfield. Sólo quiero saber por qué estaba en los docks cuando me dieron aquella salvaje paliza.

Esbozó una sonrisa burlona.

—¿Le dieron una paliza, teniente? ¿Dónde?

—Aquí y aquí —me señalé la cara—, y en otros sitios que no te enseñé para que no te asustes, nena. Y ahora sé lo que me dirás: que tú no estabas allí y que no tienes nada que ver con el asunto. Muy bien: la noche en que detuve a varios de tus cochinos invitados, tú estabas en este mismo lugar haciendo una portentosa exhibición de piernas ante todo el mundo. Y hay cosas que no se olvidan, muñeca. Por ejemplo, unas piernas como las tuyas. Fueron las mismas que vi en los docks, cuando ibais a largaros en aquel coche.

—¡Qué tontería! ¡Todas las mujeres tienen las piernas iguales!

—¿Lo crees tú de verdad, muñeca?

Se encaró conmigo. Me sujetó por las solapas rabiosamente.

No supe si partirle la cara o besarla. O hacerle las dos cosas a la vez, que es algo que está de moda.

—Bueno, ¿qué pretendes? —gritó—. ¡Nunca podrás probar que estuve allí! ¿Qué diablos quieres ahora?

—Quiero saber quién está detrás de todo esto.

—¿Detrás de qué?

—Detrás del muerto que le cargaron a Lina Wong. Detrás del

interés en que no me ocupe para nada de eso. ¡Detrás de algo que no he entendido todavía, pero que existe!

Ella se rió agriamente.

Era una mujer podrida, pero uno sentía deseos terribles, casi intolerables, de besarla en la boca.

—Bueno —dijo—, ya veo que quieres seguir metido en esto hasta el final. Lo siento por ti, muchacho. Lo siento.

Volvió la espalda y se alejó hacia una salida posterior que había en el pabellón.

No tuve razón para seguirla.

Ahora ya estaba seguro de que ella se encontraba metida en el mejunje; ella y lo que había detrás de ella. Una organización que jugaba con todo, desde la droga a la corrupción de menores, pasando por el escándalo de los suministros militares a Vietnam, de los que se «pierden» centenares de millones de dólares al año.

Por fin veía algo claro, como un parpadeo de luz.

Lina Wong venía de allí.

Un grupo que dirigía Serena Mansfield había tratado de apiolarme.

El padre de Serena Mansfield era un general.

¿Podía estar por ahí la salida del conflicto?

¿No era posible incluso que las otras actividades inmorales de la Mansfield sirvieran de pantalla para tapar algo mucho más importante? ¿No era posible que con ellas pudiera ejercer chantaje sobre las personas que le interesaba tener a su lado?

Sí. Era una posible salida.

Tullido, hecho polvo, con los párpados hinchados, pero empezaba a ver un camino a seguir.

Apreté los labios y salí del pabellón. Vi que uno de los negros que antes limpiaban los coches de la Mansfield se disponía a desinflar las ruedas de mi modesto «Zephyr».

Le aticé un puntapié que le desinflé otra cosa. Aun ahora debe estar acordándose.

Luego salí de allí.

Tenía una idea en la cabeza, una idea que quería poner en práctica aquella misma mañana.

CAPÍTULO VII

Mientras volvía hacia el Hudson, para regresar al Estado de Nueva York, me detuve en una estación de servicio que está apenas a una milla de la casa de Serena Mansfield. Como todas las estaciones de servicio de las carreteras concurridas, hay en ella un bar, un restaurante rápido, un taller de reparaciones, un cine al aire libre que los veranos se llena...

Me hice preparar un
«hot-dog»

y una cerveza y luego me dirigí a la cabina telefónica.

Llamé al hospital Grant, a una de las habitaciones preferentes.

Me pusieron con una mujer.

Allí estaba la explicación de algunas cosas que la gente desconocía. Allí estaba la explicación de por qué al teniente Dick Tracy no le llegaba nunca la paga, lo cual parecía indicar que era aficionado al juego, a la mandanga o a las chicas caras. Allí estaba la explicación de algo que nadie sabía en la brigada, y que era lo único bueno que yo había hecho en mi vida.

La mujer susurró:

—Dick...

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor...

—Si puedo vendré a verte.

—No te molestes, Dick, no hace falta.

—Repito que si puedo...

Pero enseguida me pareció comprender que no, que no podría.

Soy bastante idiota, pero cualquiera hubiese entendido el mensaje de aquel cañón clavándose en mis costillas.

De modo que colgué.

Y encima con buena cara.

El que me apuntaba estaba casi pegado a mí, de modo que nadie podía ver la pistola desde el exterior de la cabina.

Mascullé, sin moverme:

—Soy un teniente de la policía Metropolitana. ¿Sabe lo que se juega?

—Claro que lo sé...

—¿Puedo volverme?

—Sí. Vuélvase.

El otro, cuando me dio esa orden, ya había salido de la cabina. Guardaba la pistola en el bolsillo, pero como tenía la mano metida en él, era evidente que podía apiolarme en sólo unos segundos.

De todos modos no hacía falta.

Yo estaba tan asombrado que no me hubiera movido ni en caso de tener a mi disposición un reactor «Phantom».

Mascullé:

—¡General Mansfield!

El general vestía de paisano, un traje cruzado de irreprochable corte, con corbata moteada. No se parecía a su hija. Decían que Serena se parecía a su madre, que había sido una belleza.

El general masculló:

—Salga.

—Si lo que quería era sólo eso, no hacía falta que movilizase la artillería.

—Quiero hablar con usted. Vamos a mi coche.

Su coche era un último modelo. Quizá no lo había pagado, porque las grandes firmas del país regalan a veces sus bólidos a personas muy representativas para que los luzcan y así hagan propaganda. Pero de un modo u otro, aquello no era mi viejo «Zephyr», antes de entrar, pregunté:

—¿No convendría que me cambiara de calcetines?

—Déjese de idioteces. Siéntese ahí. Quiero que me diga por qué ha visitado a mi hija.

—Cuestiones profesionales.

—Y un cuerno. Éste no es su distrito. Incluso se halla en otro Estado. Aquí no tiene nada que hacer, Dick Tracy, de modo que a otro perro con ese hueso.

—Y yo creí que usted estaba en Vietnam, general.

—Me han concedido permiso. Pero conteste a mi pregunta. Diga

por qué ha venido a molestar a mi hija.

—¿Cómo se ha enterado?

—Yo me dirigía a su casa cuando le he visto llegar. Me he detenido al extremo del jardín. Luego le he seguido.

—Bien... Pues le aseguro que eran cuestiones profesionales. Su hija está metida en un buen mejunje. Y preferiría no explicárselo.

—Hágalo, teniente.

El general estaba, nervioso, terriblemente excitado.

Pero no me dio miedo, sino pena. Comprendí que estaba pasando por una verdadera catástrofe interior. Quizá se estaba preguntando muchas cosas, la primera de las cuales era cómo su hija pagaba aquella mansión de multimillonarios.

Musité:

—Usted lleva cinco años en Vietnam, general.

—Sí.

—Cuando marchó de los Estados Unidos, ¿dónde vivían?

—En la calle Cincuenta y Ocho. Pero muy al Este. No estábamos junto a Central Park, no... Nuestra casa era una colmena. Y estaba rodeada de sucias, malolientes e infectas oficinas. Todos los empleados se pasaban la vida en las ventanas, esperando a que mi hija se levantara. Yo llegué a tenerles odio.

—Y ahora han cambiado las cosas, ¿verdad?

—¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, general. Voy a darle un consejo, si quiere admitirlo de un hombre más joven que usted: écheme de aquí, y lárguese. Vuelva a Vietnam. No se preocupe por nada de lo que pasa en su, vieja ciudad. Al fin y al cabo todo sigue en su sitio.

Me apretó el brazo con fuerza, casi con rabia.

—Dígame lo que hay, cochino policía. Dígamelo todo si no quiere que le clave una bala entre las cejas aquí mismo.

Estoy acostumbrado a que me llamen «cochino policía». Ya ni siquiera me ofende. Pero en cambio me ofendió tener que decirle al general todo lo que sabía y todo lo que suponía.

Él me escuchó en silencio.

Y cuando hube terminado masculló:

—¿Nada más?

—Nada más, general.

—¿De modo que cree que mi hija se dedica... a eso?

—Lo creo de tal manera que hoy no la he detenido porque no estamos en mi jurisdicción.

—Muy bien... Supongo que tengo que tomar una decisión, cochino policía.

—¿Por qué no se traga la lengua de una vez?

—Mire, amigo: en el ejército, si uno quiere subir, ha de tener en cuenta la política. En la policía supongo que también. ¿No se lo han dicho?

—Me lo han dicho hasta en japonés, general.

—Pues yo se lo voy a repetir otra vez: no se meta en esto. Y como soy un hombre claro, le daré una cita para dentro de tres horas en esta dirección —me tendió una tarjeta—. Allí le definiré mi actitud. Puede que le ofrezca dinero o puede que le parta la cara. En todo caso no falte, polizonte. Yo siempre he querido las cosas claras, ¿entiende?

—Lo entiendo todo, general.

—Pues largo de aquí.

Me largué.

No quería partirle la cara a Mansfield entre otras razones porque él era mayor que yo. De modo que salí de su portaaviones, me dirigí al bar y pedí un *whisky* doble. Luego otro, y otro, mientras daba vueltas en mi cabeza a toda aquella condenada serie de condenados pensamientos.

No sé cuánto tiempo transcurrió así.

Pero cuando consulté mi reloj, me quedé perplejo.

Ya era casi la hora de acudir a la cita con el general.

Eché un vistazo a la tarjeta.

Era en la calle Cincuenta y Ocho, muy al Este.

«El viejo nido», pensé.

El general no había querido desprenderse de los recuerdos, de los lugares donde vivió cuando su paga era mucho más modesta que ahora. Era un tanto a su favor, después de todo. Me puse al volante del «Zephyr» y conduje feliz, envuelto hasta las orejas en vapores de *whisky*.

En la calle Cincuenta y Ocho, hacia el East Side, es muy difícil aparcar. Dejé mi cacharro en un «Wolf System» [2] cercano y me dirigí a pie hacia el apartamento que indicaba la tarjeta.

La descripción que me había dado Mansfield era exacta. Un

edificio colmena, donde abundaban los despachos baratos, los empleados mirones, las empleadas que rabiaban pensando en el último anuncio que habían visto con un vestido de cóctel. Era lógico que una chica ambiciosa como la Mansfield no se hubiera sentido a gusto allí. Ni tampoco un hombre que iba para general, como su padre.

Subí en el ascensor y pulsé el timbre del apartamento.

Nadie me contestó.

Insistí, y tampoco hubo respuesta.

Decidí entonces emplear mi juego de llaves falsas, cosa que nunca me ha dado vergüenza, antes al contrario. Soy un ladrón muy hábil, y por eso forcé aquella puerta con la mayor facilidad. Entré en el apartamento que olía a cerrado, a abandono, a polvo.

Sin duda el general había pagado a alguna persona para que lo cuidase en los últimos cinco años, Pero la gente no se mata cuando sabe que su trabajo no será revisado. Había abandono por todas partes. La humedad también había hecho de las suyas, y el empapelado del pasillo se caía a tiras. Más allá, en el interior, se oía el gotear de una ducha.

Encontré al general sentado en uno de los sillones del viejo *living*. *Tenía una pipa en la mano derecha. No sé cómo se le había caído. Tenía los ojos abiertos y parecía mirarme. Pero no me miraba, no. Seguro.*

Lo adiviné enseguida.

Barbitúricos.

Barbitúricos en cantidades masivas, industriales, elefantiásicas. Se había puesto hasta las orejas de astillas que uno puede comprar en cualquier «*drugstore*», para agenciarse un fin de semana en el infierno. Lancé una maldición, porque yo siempre he estado en contra de tantas facilidades para que la gente se mate. Y me abalancé sobre el general por si aún era posible hacer algo por él.

Nada.

Llevaba más de media hora muerto. Y aunque había querido rodear su gesto de la mayor dignidad posible, yo no acertaba a quitarme de la cabeza que aquello era una cobardía.

Más le valiera haber hablado conmigo. Soportar un poco de vergüenza en lugar de «irse» y dejar que el río de podredumbre siguiera su curso. O arreglar las cosas entre los dos. Yo no soy una

fiera. Podía haber combinado las cosas de forma que no apareciera su nombre.

Claro que eso lo pensaba ahora.

La sensación que había dado antes quizá no era la de un hombre dado a componendas.

Tal vez yo era en parte responsable de aquella muerte. Responsable por mi falta de flexibilidad. Por mi cara de perro al servicio eterno de la ley. Por mis ademanes de tipo que quiere llegar hasta el final, caiga quien caiga.

Y sí, ése era yo.

No podía negarlo.

Tendrían que fundirme de nuevo para que saliera un tipo distinto, para que dejara de ser la fiera de la Brigada de Homicidios de Nueva York. Pero ya era demasiado tarde para cambiarme.

Me vi relegado en un espejo lejano.

Y me hice una mueca a mí mismo.

Fui a descolgar el teléfono, pero en ese momento el timbre sonó.

Dudé un momento.

Me sentía un poco como un criminal cogido en la trampa.

Al fin recordé mi cargo (les juro que hay momentos en que me olvido de él) y descolgué el auricular.

No hablé.

Esperé a que lo hiciera el otro.

Y la voz me dijo suavemente:

—Patrick... Óyeme, Patrick...

«Patrick» tenía que ser Patrick Mansfield, el general muerto. De modo que dije con voz impersonal:

—Sí.

—Oye, Patrick, habíamos quedado en que... ¿Pero qué ocurre? ¿Por qué me has contestado sólo con un monosílabo?

Y añadió:

—¿Te sientes mal? ¡Vamos, habla...!

Yo estaba petrificado.

Aun caso de querer, no habría podido hablar.

Porque acababa de reconocer aquella voz.

¡Era la misma que me avisó desde una cabina telefónica! ¡La misma que me dijo que una muchacha con un vestido cubierto de sangre acababa de cometer un asesinato!

La voz cometió entonces su única imprudencia.

—Soy Bill —gritó—. ¡Bill...!

Pero enseguida, al que estaba al otro lado del cable, pareció darse cuenta de que las cosas no eran normales. Y colgó.

Yo hice lo mismo.

Estaba helado.

De pronto aparecía ante mis ojos un nuevo abismo, un abismo en el que tenía que meterme si quería llegar hasta el final de aquella condenada aventura.

Al fin me pasé una mano por la frente, con gesto abrumado.

Y disqué el número de la Brigada. Aquélla sí que era mi jurisdicción. Tenía que intervenir.

No di mi nombre para identificarme.

Esta vez quería dar gusto a mis hombres.

—Guau, guau... —dije tan solo.

Y me entendieron perfectamente.

Llegaron los de siempre, los que yo conocía de tantas y lanías otras veces en que un fiambre me había quitado el sueño. Dos hombres de mi grupo, con las manos en los pantalones y sacando las tripas. El forense con su bocadillo, porque había que aprovechar el tiempo. Los fotógrafos oficiales, acostumbrados a decir que una placa les había quedado bien cuando el muerto enseñaba en ella las amígdalas. Los expertos en huellas, los camilleros y los curiosos de siempre.

Russell, uno de mis hombres, masculló:

—Oiga, jefe, yo conocía al muerto.

—¿De veras? Yo creí que sólo conocías a tu padre, y aun eso para que los amigos no te hicieran quedar mal.

Reconozco que no está bien hablar así. Reconozco que no soy simpático.

Pero Russell se lo tragó.

—Es el general Mansfield —dijo—. Serví a sus órdenes en Vietnam antes de entrar en la escuela de policía.

—Pues sí, es el general Mansfield.

—Habrá que avisar al Pentágono.

Hice un gesto de hastío, como si indicara que no necesitaba consejos de nadie.

—Sí —mascullé—, ya lo haré.

Disqué el número de información del Pentágono y me indicaron que para aquel asunto tenía que hablar con el general Anders. Disqué el nuevo número y hablé con él. Anders se mostró muy impresionado. Dijo lo que se dice siempre: que no comprendía cómo había podido matarse un hombre tan valioso y con tantas ganas de vivir. Le colgué después de decirle que tendría a su disposición el cadáver en la Morgue, por si querían rendirle honras fúnebres, y tras asegurarle que nosotros no daríamos ninguna nota oficial, ni haríamos declaraciones a la Prensa, para no manchar su memoria.

No sé cómo, me encontré media hora más tarde sentado en las escaleras del edificio, que estaba acordonado. Lo hicimos por pura rutina, pero los chupatintas masculinos fueron sacados de sus oficinas, y las chupatintas femeninas fueron sacadas de las *toilettes* en que se arreglaban las combinaciones y se pintaban los labios. Me encontraba media hora más tarde en esa soledad espantosa del policía que no sabe qué camino seguir, que no sabe a quién interrogar, que tiene deseos de empezar a darse patadas a sí mismo. Entre aquel silencio casi espectral vi venir a Russell. Russell me traía una lata de cerveza fría y un emparedado de queso.

—Coma, teniente. Le sentará bien.

Era extraño que alguien se preocupara de mí.

Se lo agradecí con un gruñido.

Russell comprendió que no tenía hambre y me abrió la lata de cerveza bien fría. Eso sí que se lo agradecí. Bebí ávidamente.

—Aunque le parezca extraño, yo tengo ganas de trabajar en esto —dijo Russell—. Ya sé que en el grupo nos han colocado para hundirle, teniente. Y el día en que se hunda de verdad bailaré una samba, porque no me es usted simpático.

—Lo sé.

—Pero en cambio, Mansfield me lo era. Ya ve...

Se trataba de un general amable y comprensivo. No sé en qué abismos se habrá metido para llegar a eso, pero casi diría que no fue culpa suya.

—No, no lo fue.

—Quisiera ayudar a vengarle, teniente. Mansfield merecía un destino mejor.

Quise mirar burlonamente a Russell, pero no lo conseguí. Quizá, después de todo, le miré con cariño. Quizá en el fondo yo hubiera

deseado tener un hermano o un hijo como él. Bueno... ¡al diablo! Chasqué los dedos y le dije que ya le daría órdenes.

—Me tendrá cerca, teniente. Me tendrá cerca para cuando me necesite.

—Está bien... Entonces quizá valga la pena confiar en ti. Vas a empezar ahora.

—¿Por dónde?

—Mansfield tiene una hija. Bueno, quiero decir que la tenía. Ella habita en Nueva Jersey, en una finca llamada Blue Paradise. Quizá la conozcas. Hubo un lío allí una vez. Exhibiciones de menores, tráfico de mandanga y todo eso. ¿La recuerdas?

—Sí, claro que la recuerdo... Estuve allí.

—Muy bien. En ese caso vele ahora. Quiero que le digas a la Mansfield que sus negocios marchan muy bien. Tan bien que puede recoger el cadáver de su padre en la Morgue. Y dile también de mi parte que acabaré con ella y con todos los que están detrás. Y que ya me he afilado los dientes, de modo que ahora voy a ir a mordisco limpio.

—Le entiendo, jefe.

—Pues procura que ella me entienda también.

Russell hizo un guiño y fue escaleras abajo. Buen chico, después de todo. Quizá si le apartara de aquella pandilla de alacranes que eran sus compañeros... Pero me encogí de hombros. Nada... No tenía que tomar afecto a ninguno de mis hombres. Luego resultaba que los peores vivían y a los mejores los veía metidos en un ataúd de caoba pagado por el Tío Sam. Para mí, todos iguales.

Terminé de vaciar la lata de cerveza y la hice rodar por los peldaños poco a poco.

Tlnc... Tlnc... Colnc... Tooong...

Era igual que la caída de un hombre, peldaño a peldaño, por la escalera de la vida, hasta convertirse en algo que se escondería si pudiera verlo su propia madre. Yo mismo, ¿qué era? Un cazador de hombres. Un perro con las piernas largas y los dientes tiesos. El Tío Sam me decía: «¡A ése!». Y yo lo sujetaba. Maldita fuera el día en que me convertí en un hombre que se ganaba la vida vigilando a los demás.

Pero me rehíce.

No había motivo para pensar así.

Entré de nuevo en el apartamento, donde ya habían cubierto con una lona el cuerpo de Mansfield, para llevárselo a la Morgue. Descolgué el teléfono y marqué el número del hospital Grant.

—Póngame con Irma Donovan, por favor.

—Enseguida.

Yo sabía que encontraría a Irma. Como la había encontrado antes. Como siempre. Irma estaba constantemente en su habitación. ¿Cómo hubiera podido moverse una muchacha aquejada de tuberculosis ósea?

Su voz musitó:

—Hola, Dick.

Sabía que era yo, porque nadie más la llamaba.

Irma no tenía a otra persona en el mundo. Procedía de los barrios bajos de Nueva York, como yo. Procedía de la parte mediana de la Avenida Once. Habíamos estudiado juntos en las escuelas nocturnas, donde a uno le llegan a hacer creer que la vida es hermosa. Habíamos caminado a lo largo y a lo ancho de Manhattan, creyendo que detrás de cada esquina estaba aquel mundo mejor en el que nos habían enseñado a soñar. ¿Pero cuánto tiempo hacía de aquello? ¡Dios...! ¿Cuánto tiempo?

Irma musitó:

—No dices nada, Dick...

—Perdona. Quería hablar contigo.

—Y yo me alegro de que llames. ¿Pero por qué no haces las cosas mejor? ¿Por qué no vienes a verme?

—Es cierto... Justamente he estado deseando eso. ¿Te molesta que vaya ahora?

—No. Dick. ¿Cómo había de molestarme?

Su voz era casi emocionada. Y yo no sé por qué, pero sentí una extraña ternura mientras apretaba el auricular con la derecha.

Colgué.

Vi el rostro de Jacoby, uno de los policías más veteranos de la Brigada, que me estaba mirando.

El muy maldito lo había oído todo por un supletorio.

—Perdone, teniente —dijo—, pero estaba instalando un control para intervenir este teléfono. Es necesario saber si alguien llama interesándose por el general. Contestará William, que imita muy bien la voz de Mansfield. Durante un minuto al menos. William

podrá dar el pego a cualquiera.

—No se preocupe, por ahí no averiguaran nada —dije—. Es pura rutina, Jacoby, y esta vez puede ahorrársela. Pero en cambio podría llevarme al hospital Grant. ¿Tiene el patrullero ahí abajo?

Jacoby colgó el supletorio.

—Claro que sí, teniente. Enseguida le llevaré.

No tenía ganas de conducir mí «Zephyr». No tenía ganas y además mi instinto me avisaba que habíamos entrado en una fase decisiva del caso, una fase en la que el menor descuido lo pagaría con la piel. Ir solo en un coche que conocían todos los maleantes de Nueva York, podía tener malas consecuencias. Por eso mi impulso me llevó a viajar en el patrullero, y yo solía hacer caso de los impulsos así.

Mientras rodábamos hacia Brooklin, dónde está instalado el hospital Grant, Jacoby espetó:

—¿Guapa?

Jacoby tiene confianza con todos los oficiales de la Metropolitana. Los ha llevado arriba y abajo de los cinco distritos de Nueva York, les ha metido en tiroteos y les ha sacado de ellos. Nunca pasara de ser un chófer, pero en su oficio es bueno. Y viniendo de un veterano como él, no me ofendió aquella pregunta.

—Sí —dije—, guapa.

—¿Hay tomate?

—No.

—¿No? —Bizqueó.

—Si la conociera sabría que es imposible, Jacoby —murmuré con la mirada perdida—. No sé si habrá visto a alguien afecto de tuberculosis ósea. También lo llaman Mal de Pott. Hay una especie de parálisis progresiva, hay una vida que muere. No sé cómo esa pobre chica ha resistido tanto. Y creo que no hay otra persona a la que yo quiera con tanta sinceridad en este podrido mundo.

Jacoby volvió a bizquear.

—Bueno —dije—, pero se pondrá bien...

—No lo sé.

—¿Le paga usted el hospital? El Grant no es precisamente un centro gratuito.

—Sí, se lo pago yo.

—Ah... —dije—. Buen muchacho, Dick, buen muchacho...

Cualquiera haría un sacrificio así por su novia. Bueno, quiero decir que cualquiera no lo haría, porque...

—No es mi novia, Jacoby. Era la novia de mi mejor amigo. Y mi mejor amigo murió a los veinte años.

Añadí con rabia, casi con odio:

—Jamás le tocaré un dedo.

—Le sabe mal tener un punto flojo, ¿verdad? —musitó Jacoby—. Le duele que entre todos sus cochinos dientes negros haya un diente blanco. Bueno no se preocupe... Le prometo guardar el secreto.

—Buen muchacho, Jacoby.

Habíamos atravesado el viejo puente de Brooklin y entrábamos en el populoso barrio que es en realidad uno de los dormitorios de Manhattan. Porque la gente trabaja en Manhattan, pero duerme en Brooklin, en Queens, en el Bronx... El hospital Grant es un edificio tranquilo y que está rodeado de un amplio jardín. Jacoby aparcó cuidadosamente el patrullero ante la entrada, midiendo la distancia exacta al bordillo, como un profesional que nunca se equivoca.

Yo subí las escaleras de cuatro en cuatro. Sentía un ansia extraña, desconocida, por ver a Irma.

Y la vi.

Vaya si la vi...

Como no hubiera querido verla nunca.

CAPÍTULO VIII

Fue el doctor Stromberg quien me lo dijo:

—Vamos... ¿qué hace aquí? No se acerque.

El doctor Stromberg no me recordaba. Estaba tan nervioso que me tomó por un intruso. Casi me empujó para colocar mejor la manta sobre aquel bulto humano que yacía al pie de las escaleras, entre el segundo y tercer piso.

Mis manos se movieron solas. Yo no pensaba, yo no pensaba, yo no quería nada. Eran las manos las que pensaban y querían por mí. Alcé la manta y vi el cuerpo de Irma. Aún vivía. Aún había en sus ojos una última luz donde se reflejaba un terrible, un patético, un angustioso dolor.

Apretó con todas las fuerzas sus labios para decir:

—Dick...

El doctor Stromberg me dio un empujón.

—¡Vamos! ¡Fuera de aquí! ¡Vamos a trasladarla! ¡Vamos a trasladarla...!

Pero yo sabía que era inútil. Había visto morir muchos más hombres y mujeres que el propio doctor Stromberg. Había, visto en los ojos de Irma la última, la definitiva, la patética luz.

Unos segundos después, aquellos ojos habían quedado espantosamente quietos.

Ahora recuerdo, como si lo viera en una vieja película, cuántos éramos allí: el doctor Stromberg, una vieja enfermera, Jacoby... Sí, Jacoby subía las escaleras pesadamente. Fue él quien masculló:

—¡Pero teniente Tracy...!

Los ojos del doctor Stromberg se volvieron entonces hacia mí.

—Perdone... No le había reconocido. No sé lo que me ocurre, teniente... Estoy como ciego.

—¿Qué ha sucedido aquí?

No me daba cuenta ni de que hablaba. Había un algo de

conciencia profesional en mí que me nacía moverme y actuar, pero el resto de mi cuerpo estaba como muerto. Miré las escaleras. Las muletas de que Irma se servía para andar estaban arriba, patéticamente caídas. De un modo maquinal conté los peldaños: doce. Doce altos peldaños de mármol que la muchacha había caído rodando.

—¿Qué ha sucedido? —insistí.

—Alguien la ha empujado.

Era la vieja enfermera la que hablaba. Sus labios temblaban espasmódicamente.

—¿La han empujado? —pregunté de un modo maquinal—. ¿Quién?

—Vinieron tres hombres... Conocían muy bien el nombre de... de ella. Traían un ramo de flores y una caja de bombones. Creíamos... que eran amigos... Desde el vestíbulo los anunciaron y los dejamos subir. Yo estaba sacando unos inyectables de la cámara estéril. De pronto oí un grito y una serie de golpes. Salí y... y...

No pregunté más. Me vi de pronto reflejado en el cristal del ascensor, que subía, y no me reconocí.

Fui ascendiendo las escaleras poco a poco, hasta encontrar el ramo de flores y la caja de bombones junto a las muletas. La puerta de la habitación de Irma estaba abierta. Sin duda la habían sacado a la fuerza. También estaba abierta la puerta que daba a la escalera de incendios, como señalándome el camino que aquellos hijos de zorra habían empleado para huir. Miré también de un modo maquinal el ramo de flores.

Tenía una cintita negra. Era un detalle en el que nadie se había fijado hasta entonces.

Y en la cintita había una inscripción:

FELICIDADES, TRACY

Me llevé la izquierda a la boca para contener una especie de alarido y me mordí el puño salvajemente.

Oía, como si sonara muy lejos, la voz del doctor Stromberg. Era una voz fría y profesional. Era una vez que me daba no sé qué oscuros detalles acerca de la muerte de Irma. Detalles que ya no me importaban, que pertenecían a otro mundo.

—Cuando una persona padece esa enfermedad, una caída es

fatal... Por eso les hacemos llevar muletas, aunque parezca que se sostienen bien... Imagine lo que ha sido dar varias volteretas sobre esos peldaños de mármol... No le debe quedar un hueso entero... Ha sido como si una persona normal cayera desde una altura de un piso doce...

Yo seguía mordiéndome el puño.

No podía ni respirar.

Fue Jacoby quien quiso sacarme casi a la fuerza de allí.

—Vamos, teniente... Nunca le he invitado a nada, pero ahora le invito a un *whisky* triple... Por favor, acepte.

Bajé la mano y produje un chasquido con dos dedos.

—Jacoby, llame a la Brigada... Quiero que se movilicen todos los perros de caza... Acusación: asesinato en primer grado, con la agravante de premeditación y alevosía. Quiero tener antes de una hora en la Brigada a todos los tipos a quienes pueden haber alquilado para esto. Dígame a Pretty y a los otros que empleen mano dura. Si alguien suelta un nombre, hay que seguir el rastro hasta el final. Yo pasaré luego por allí.

Jacoby sabía lo que significaban esas redadas salvajes, a cara o cruz.

Masculló:

—Sí, teniente.

Yo di media vuelta y me alejé tras él. Le hice una seña para que arrancase rápido. Fui a pie hasta el puente de Manhattan, sin darme cuenta de que andaba, mientras la ciudad entera parecía dar vueltas en torno de mi cráneo.

Sabía que ya no iba a encontrar a Serena Mansfield en su casa de Jersey City.

Pero Serena Mansfield tenía otra casa en Manhattan, una casa que está como ahogada entre dos inmensos bloques de oficinas a la altura de la calle Setenta. Yo no había estado nunca allí, pero conocía su existencia, como conozco la existencia de otros mil lugares que sus dueños no imaginan. Los años en la Brigada sirven de algo. Hay tipos a quienes veo entrar en el despacho y sé hasta de qué color fue la primera papilla que tomaron. Pero ellos no lo sospechan.

Me dirigí hacia allí.

Crucé en un taxi el puente de Manhattan y me detuve en la calle

Setenta y Tres, a la altura de la Sexta, o Avenida de las Américas. Vi la casa desde lejos. Tenía dos pisos y resultaba anticuada, casi ridícula, al lado de los dos mastodontes de acero y cristal que la flanqueaban. Por el lado derecho, un pequeño pasadizo de cemento servía para que los coches llegaran hasta el *parking* que había detrás de la casa.

Me metí por él.

Quizá, al fin y al cabo, Serena no estaría allí. Podía haberse ido al otro lado del país o haber tomado incluso el primer avión para Europa. Pero mi instinto decía que los que atacan tan abiertamente no lo hacen para huir. Querían aniquilarme, y en esas condiciones tendrían tanto interés en encontrarme a mí como yo a ellos.

Bueno, acerté.

Estaban allí.

En el *parking* descubierto, flanqueado por los dos enormes edificios, desde los cuales no nos veía nadie, porque las ventanas — que eran fijas—, no empezaban a aparecer hasta la altura de un cuarto piso.

Los cuatro estaban dentro de un lujoso «Chevrolet» deportivo último modelo, color sangre. En cambio la chica se hallaba sentada en el capó, como si fueran a hacerle una foto publicitaria. Había cruzado las piernas y... Bueno, ustedes pueden imaginar el resto. Pero les aseguro que esta vez ni me fijé.

Los cuatro tipos llevaban en las manos tuberías de plomo.

Estaban dispuestos a machacarme, a partirme el cráneo a pedazos, a ponerme de rodillas y a hacerme jurar que nunca más daría un paso en aquella dirección que no les gustaba. Los cuatro vinieron poco a poco hacia mí. No recordaba si eran los mismos que me habían partido la boca en los docks. En todo caso, eso importaba ya muy poco. Sólo sé que todo seguía dando vueltas en torno mío. Y que algo me dolía profundamente en el fondo del cráneo.

Serena musitó:

—Sabía que vendrías, Dick.

—Y yo creí que ya habrías tenido tiempo de ponerte de luto.

Parpadeó.

—¿Luto por qué?

—Imaginaba que ya lo sabías. Tu padre se ha suicidado.

Si yo creía que aquello iba a causarle alguna impresión, si pensaba que iba a desarmarla, me equivoqué de medio a medio. Tal vez no me creyó. El caso fue que sus facciones permanecieron impasibles.

—Debías haber dejado ya este caso, Dick —musitó.

—¿Por qué?

—No te conviene.

Curvé los labios en una extraña mueca.

—He ordenado a todos mis hombres que hicieran una redada gigante —dije—. Es posible que haya resistencia y que eso de pretexto a mis granujas para disparar antes. En esas condiciones, cuando se da la orden de caza al hombre, el fiscal del distrito no suele exigir demasiadas responsabilidades. Lo he hecho a propósito, claro... Para poder disparar también yo si hace falta.

Abrí un poco la americana, dejando ver la culata del «38».

Pero eso no les impresionó demasiado.

También abrieron un coco sus americanas y dejaron ver cuatro culatas correspondientes a cuatro calibres del «45».

—Si lo quiere así, teniente —dijo uno de ellos—, nosotros seguiremos la fiesta. Nadie nos buscará las cosquillas por haberle matado. Lo teníamos todo planeado antes de empezar, y la primera parte del plan consistía en buscar protecciones poderosas. De modo que empiece.

Bajé la mano poco a poco.

No, no me convenía usar el «38».

¿A cuántos de ellos mataría? ¿A dos tal vez? Aún en el mejor de los casos, los otros dos se bastarían para liquidarme. Y luego nadie se ocuparía de echar luz sobre el asunto, sino al contrario. Como bien había dicho aquel tipo, contaban con amistades poderosas.

El caso quedaría enterrado allí.

Quizá buscaban eso.

De modo que empecé, pero con otro sistema. El primer punterazo en la entrepierna dejó a uno de aquellos tipos sin respiración. Quizá también sin algo más. Yo no sé si aquel elefante pensaba contribuir a la natalidad de los Estados Unidos, pero después de aquello seguro que tuvo que cambiar de propósito al menos durante seis meses.

A los otros no les dejé tiempo para reaccionar. Tenía que hacer

las cosas mejor que en los docks.

Tenía que sorprenderlos yo en lugar de dejar que me sorprendieran ellos.

Mi izquierda voló al encuentro de la mandíbula que tenía más cerca. Se oyó un chasquido. Creo que nunca había pegado con tanta fuerza, con tanta rabia, con tanta desesperación.

El individuo, cazado en frío, cayó hacia atrás. Empezó a revolverse en el suelo y a escupir mientras se sujetaba angustiosamente la garganta. Los otros dos alzaron las barras de plomo.

Salté hacia atrás.

Oí el silbido que produjeron aquellas dos piernas al rozarme. Lo peor de las barras de plomo es que no te liquidan ni te privan del sentido; te van deshaciendo poco a poco. Me di cuenta de que, Si lograban cazarme bien me tendrían de rodillas, me arrastrarían y harían conmigo lo que quisieran.

La desesperación centuplicaba mis fuerzas. Y también el odio, porque seguramente eran los mismos que habían matado a Irma.

Me lancé con los pies por delante.

El que tenía más cerca recibió el doble puntapié en el pecho mientras alzaba su pedazo de tubería. Debió tener la sensación de que las costillas se le cambiaban de sitio y el esternón le salía por las orejas.

Aqué! era un golpe que yo había ensayado muchas veces, pero con maestros japoneses. Solía entrenarme contra una pared, a la que terminaba derribando (y de paso quedándome sin zapatos). Lo que ocurrió con aquel hombre fue mucho más espectacular que lo ocurrido con una pared. Le vi derrumbarse, gemir y terminar retorciéndose, mientras soltaba su tubería y caía al suelo.

Me quedaba un enemigo, al menos por el momento, ya que los otros reaccionarían pronto. Si aquel tipo llega a tener un poco de serenidad y se limita a esquivarme, unos segundos más tarde habrían vuelto a ser al menos tres contra mí, y yo no habría podido seguir atacando.

Pero el tipo se puso nervioso. Se asustó. Debió pensar que el trabajo no era tan sencillo como le habían explicado.

Dio media vuelta y echó a correr, mientras Serena Mansfield le insultaba con la peor jerga de los barrios bajos del Bronx.

No me entretuve en escucharla, claro.

Ni en esperar a que los otros tres buitres estuvieran en situación de atizarme picotazos de nuevo.

Como aún estaban en el suelo, repartí puntapiés a sus cabezas, hasta dejarlos sin sentido. Uno de ellos empezó a escupir sangre, mientras se arrastraba por el suelo. Entre los tres me ocuparon al menos treinta segundos. Fue entonces cuando comprendí que ya no tenía que ocuparme más de ellos, a menos que me mataran por la espalda, cosa que dudaba mucho que se atrevieran a hacer.

Por eso, a partir de entonces, no les di la cara ni un momento.

Siempre me mantuve de espalda a ellos.

Curiosamente, era eso lo que me defendía. Tal vez pudieran justificar el haber baleado cara a cara a un teniente de la Metropolitana. Lo que no podrían justificar jamás era haberle baleado por la espalda. No.

Aunque tuvieran los amigos más poderosos del mundo.

Serena seguía en el capó.

Del primer golpe la hice caer al suelo. La sujeté por el vestido, desgarrándolo, para ponerla en pie frente a mí.

Ella me escupió a la cara.

—¡Suéltame, perro!

—Cuando hayas hablado, muñeca.

Nunca he pegado a una mujer, pero entonces no era yo mismo. Mis manos se movían solas. Se movían furiosas, agresivas, dementes... Oí resonar como una campanilla la caja craneana de Serena Mansfield. La sangre de su boca salpicó hasta las paredes de cemento del *parking*.

Ella cayó al suelo.

Pero la levanté otra vez.

—¡Habla, condenada! ¡Di por qué lo hicisteis!

Fingió haber perdido el sentido.

—¡Dilo...!

—Queríamos... quitarte... de en medio.

—Queríais hundirme para siempre, ¿no? ¿Pero cuál es la causa? ¿Por qué? ¿Por qué...?

Sin darme cuenta me había puesto a gritar demasiado. Y a pegar también. La cabeza de Serena Mansfield volvía a bambolearse de un lado a otro, mientras resonaba otra vez, como si dentro tuviera una

extraña campanilla, su caja craneana.

Me avergoncé de mí mismo.

Mis manos cayeron a lo largo del cuerpo.

Pero con mujeres como Serena no se puede ceder. Llevó directamente las uñas a mis ojos. Si me descuido un solo instante, me deja ciego allí mismo.

Le di un revés con todas mis fuerzas y cayó de costado. Entonces se puso a gemir espasmódicamente.

Y aquella voz sonó detrás de mí.

—No hacía falta todo eso, teniente.

Me volví poco a poco. Me volví porque acababa de reconocer aquella voz. De reconocerla muy bien.

CAPÍTULO IX

Tampoco aquel hombre llevaba uniforme de general, pero se adivinaba que lo era. El ejercicio del mando deja algo indefinible, una especie de seguridad en sí mismo que los otros notan. Yo capté aquel aire especial y además reconocí su cara como había reconocido antes su voz. Era un hombre cuya fotografía había aparecido muchas veces, en informaciones de la guerra de Vietnam, cuando las fuerzas norteamericanas las mandaba el general Westmoreland. Se trataba del general Bill Anders.

Del hombre que me había advertido del crimen de Lina Wong. Y del que luego había telefoneado al apartamento del general Mansfield, cuando éste se hallaba muerto delante de mí.

Llevaba las manos ligeramente alzadas.

Quizá quería demostrarme con eso que no llevaba armas.

—Déjela, teniente —murmuró—. Y deje también a todos esos buitres que se despluman en el suelo.

Señaló a los tres tipos que aún no habían tenido fuerzas para ponerse otra vez en pie. Yo ahogué una maldición.

—Están acusados de asesinato en primer grado. Voy a llevarlos a la Brigada aunque sea sujetándolos por las narices.

—¿Y a ella?

—A ella también tengo que interrogarla.

—Piense en el escándalo, teniente. ¡Es hija del general Mansfield!

—Mansfield ha muerto. Después de eso, los escándalos ya nada me importan.

—Y si yo le pidiera que...

—Más vale que no me pida nada —mascullé.

Y quizá hubiera añadido algo más, pero no pudo.

Porque en aquel momento empezaron a suceder cosas.

A ninguno de los tres buitres que se picoteaban la panza en el

suelo, le gustó eso de ser conducido a la Brigada de Homicidios. Y mucho menos les gustó lo que yo acababa de soltar acerca de un asesinato en primer grado.

Si antes me habían enseñado sólo las culatas de sus calibres «45», ahora me enseñaron algo más.

Los tres «sacaron» a la vez, como en los buenos tiempos del viejo Oeste.

Si no llego a tener cerca el elegante «Chevrolet» deportivo, me asan allí mismo. La plancha quedó mordida por seis picotazos en menos de tres segundos. Cuando yo me lancé de cabeza hacia el capó e hice aquella cabriola, supuse que no iba a tener tiempo de salvar la vida. Si lo tuve, fue porque estoy bien entrenado y además porque en esa ocasión no me faltó la suerte, ni mis enemigos tenían el pulso demasiado firme después de salir de un K. O.

Resbalé hasta el suelo, mientras los imbéciles seguían disparando sin pensar en que estaban en la peor posición del mundo.

Parapetado tras una de las ruedas, pedía abatirles por debajo del coche. Y eso fue lo que hice.

El estallido del neumático casi me dejó sordo y ciego, porque una bala lo perforó. Pero el bloque de la rueda me sirvió de eficaz protección contra las otras balas.

En cambio mis enemigos estaban tendidos en el suelo, sin protección alguna. Demasiado tarde quisieron parapetarse también tras las ruedas. Para entonces, mi chato revólver del «38» había repartido ya plomo a razón de dos balas por cabeza.

Ninguno de los tres tipos se movió más.

Yo veía los orificios redondos en sus frentes como si fuera una pesadilla.

Al fin me puse en pie pesadamente, sintiendo un horrible cansancio en los hombros y en la nuca.

Serena no se había movido.

Miraba con ojos desencajados los cuerpos de los tres hombres que tenían que haber acubado conmigo.

En cuanto a mí, no tenía motivo para temer preocupaciones legales. Aparte de que los tres buitres tenían sus pistolas en las manos, y de que la carrocería del «Chevrolet» estaba materialmente regada con sus proyectiles, tenía un testigo de excepción que

acreditaría haberme visto obrar en defensa propia: un general.

Bill Anders no se había movido.

Acostumbrado a las emboscadas de Vietnam y a ver hombres aniquilados como aquéllos, ni siquiera parpadeó.

En aquel momento llegaron dos policías, entrando al galope en el *parking*. Los disparos debían haberse oído en toda la calle. Como no me conocían, les mostré la credencial.

—Ha sido en defensa propia —dije—. Llamen una ambulancia y que trasladen los cuerpos a la Morgue. En cuanto a esta mujer, cuiden de conducirla a la Brigada de homicidios.

—Por supuesto que sí, teniente.

—Enseguida.

Uno de los agentes puso las esposas a Serena Mansfield, que le clavó con todas sus fuerzas el tacón en un tobillo. El otro corrió a telefonar.

El general me miraba fijamente.

Murmuró:

—Quiero hablar con usted, Tracy.

—De acuerdo; vamos.

—Tengo mi coche estacionado ante la casa.

Salí sin mirar a los muertos ni a Serena. El coche del general era un «Oldsmobile» fabuloso, que quizá tampoco había pagado. Me dejé caer en el diván delantero y no miré ni adonde me llevaba. Poco después nos habíamos detenido en Riverside Drive junto al Hudson. El general extrajo un paquete de cigarrillos.

—¿Le apetece fumar ahora?

—No, gracias.

—Quizá le extrañará que yo haya aparecido de pronto ahí.

—Sí, me ha extrañado —dije—, pero hay un motivo para justificar su presencia. Imagino que tal vez quisiera dar el pésame a Serena Mansfield.

—Así es.

—Y se ha encontrado con la escenita...

—Sí.

—Hay una montaña de preguntas que quiero hacerle, general.

—Dispere.

—¿Por qué me advirtió lo de Lina Wong?

—Ella no lo mató.

—Lo di por supuesto desde los primeros momentos. Había demasiadas cosas que no encajaban allí. ¿Quién mató a aquel hombre?

—Era un suicida.

—¿Cómo...?

Confieso que la explicación del general me atrapó completamente desprevenido. Hubiera esperado cualquier cosa menos aquello. Y no estuve seguro de haber oído bien hasta que él me lo repitió:

—Era un suicida.

—¿Sabe lo que dice?

—Claro que sí. Él mismo se había rebanado el cuello. Explicó lo que iba a hacer en una carta que conservamos en el Estado mayor. Y, para que no faltaran ni siquiera pruebas fotográficas, se colocó para matarse delante de una máquina de disparador automático. La máquina y la fotografía la tenemos también nosotros en el Estado mayor. De modo que con sólo exhibir esas cosas ante el fiscal del distrito, Lina Wong queda libre de culpa. Es decir... No del todo. La acusarían de haber cosido a puñaladas a un hombre que era ya cadáver. Pero no sé hasta qué punto eso puede ser considerado delito.

—Sigo sin entender, general, pero vayamos por partes. ¿Por qué se suicidó aquel pobre tipo?

—Iba a ser acusado de espionaje. Eso podía significar para él la muerte o prisión perpetua, además del deshonor. Las pruebas eran irrefutables, íbamos a detenerle aquella misma noche. Me estoy refiriendo a espionaje de secretos militares, claro. Es decir, caía de lleno en nuestra jurisdicción.

Apreté los labios.

Dejé que continuara.

—Aquel pobre tipo nos telefoneó aquella noche —dijo—. Yo mismo hablé con él. Más o menos sus palabras fueron éstas: «Sé que lo tenéis todo en vuestras manos. Lo habéis preparado durante mucho tiempo y ahora no hay escapatoria para mí. Muy bien. Pero yo no pasaré por esa vergüenza. Ni tribunal militar, ni nada. Dentro de cinco minutos ya no estaré vivo». Traté de disuadirle, pero no obtuve resultado. Me colgó. Entonces envié con toda la rapidez posible a dos hombres de la policía militar, a fin de impedir su

muerte si aún estábamos a tiempo. Fui con ellos, pero de nada sirvió. La tragedia ya se había consumado.

Acepté al final un cigarrillo y lo encendí. Mis manos temblaban.

—¿Qué papel juega Lina Wong en todo esto? —susurré—. ¿Cuándo ha empezado a actuar?

—Cuando retiramos la cámara fotográfica y la carta, la llamé con urgencia.

—¿Por qué estaba ella en Estados Unidos?

—Aquí entramos en el nido de la cuestión, Tracy. Preparamos un proceso monstruo contra una organización que actúa en Vietnam y que está ganando millones a costa de nuestros soldados y del hambre de los vietnamitas. Lo mismo las armas que los alimentos se evaporan en cantidades masivas, apenas salen de los barcos y los aviones. Algunos oficiales de enlace que han tratado de denunciar los hechos han sido asesinados. Se trata de un proceso en el que también están envueltas una serie de personalidades survietnamitas, y en el que se ventilarán no sólo unos miles de millones de dólares, sino unas cuantas penas de muerte.

—Comprendo.

—Supongo que habrá deducido ya que Lina Wong es un testigo clave en ese juicio.

—Desde que la vi envuelta en un crimen que no había cometido, esa idea ya me pasó por la cabeza —balbucí—. Pero no tenía elementos de juicio y resolví olvidarla.

—Bien... —El general exhaló una columnita de humo—. La verdad era que no sabíamos cómo proteger a Lina Wong.

—No diga tonterías, general.

—¿Tonterías?...

—Disponen de todos los recursos del mundo. Podían haberla encerrado en una caja fuerte del Pentágono. O enviarle en un avión especial a cualquier puesto de escucha en Alaska, hasta que llegase la hora de declarar.

—Sí, ése es cierto, pero alguien tendría que ocuparse de su custodia, ¿no? Y alguien tendría que servir de enlace con ella.

—Por supuesto.

—Ahí estaba la dificultad. No podemos fiamos de nadie en estos momentos, Tracy. Ni es tampoco fácil encontrar a profesionales del ejército que quieran custodiar a alguien que declarará contra sus

propios compañeros. Es un concepto del honor mal entendido, pero que nos ha planteado dificultades. Además, hay una última y definitiva razón: esa chica no podía estar en conserva. Tenía que exhibirse para que sus enemigos, es decir, los jefes de la organización, trataran de eliminarla. Sólo así acabarían de cristalizar las pruebas que tenemos contra ellos. Entiéndame: Se ha tratado desde el principio de tener a Lina Wong un poco en un escaparate, tras un cristal que las balas pudieran atravesar, pero con un hombre al lado que supiera defenderla.

El cigarrillo cayó de entre mis labios.

—¿Yo?

—Usted Dick Tracy. Por eso le llamé desde aquella cabina telefónica, una vez la comedia estuvo preparada. Sabía que detendría a Lina que la llevaría a la Brigada y que no consentiría que nadie le pusiera la mano encima. Sabía también que deberíamos hacer una serie de cosas rutinarias, como tratar de sacarla en libertad bajo fianza. Y dejar que se expusiese.

Tragué saliva penosamente.

Y aquella saliva me supo amarga.

—¿Por qué tanta confianza en mí? —susurré.

—Porque es el policía más honrado de Nueva York, Tracy. Y porque no se deja sobornar por nadie. Además de eso, si alguien hacía algo contra Lina, lo pagaría bien. Es fama que usted no falla una bala.

—Puedo fallar como cualquier otro. Y, además, no me he ocupado apenas de Lina. Ella está sola. Cualquier cosa le puede ocurrir.

—No tan sola. También nosotros la vigilamos, Tracy. Pero su modo especial de llevar las cosas ha servido para lo que nosotros pretendíamos: ha servido para que trataran de deshacerse de usted, para que trataran de sobornarle, de hundirle. Ellos creen que usted es también una pieza esencial en el proceso. Y ante un simple teniente de la Brigada de Homicidios, no han tenido inconveniente en quitarse la careta.

Respiré con fatiga.

Recordaba a Irma, recordaba sus ojos, me parecía oír su última palabra.

Tenía frío hasta en el alma.

Y una náusea terrible en el estómago.

Estuvo en un tris que no golpeará con el canto de la mano al general, sacándole a puntapiés de su propio coche.

Pero me aguanté.

Me habían elegido como perro de presa. Y a los perros nadie les pregunta lo que quieren hacer.

Se ventilaban demasiadas cosas en aquel juicio.

Y les sentimientos de un hombre, la vida de un hombre, importaban bien poca cosa.

—¿Sabe que he podido ganar mucho dinero, general? — pregunté, burlonamente.

—Pero lo ha rechazado...

—También he rechazado a Serena Mansfield. Y pienso que en cierto modo ha sido una lástima.

—Aún está a tiempo de pensarlo, Tracy.

—Pero ustedes saben que seré fiel, ¿no es así? Por eso me lo dice. Está seguro de que conservaré hasta el final mi instinto de perro.

—Sí. Estoy seguro, Tracy.

Y me tendió la mano.

Pero yo la ignoré.

Seguramente el general no tenía ninguna culpa. Las circunstancias estaban por encima de nosotros. Pero yo no podía evitar sentir aquella violenta, insoportable náusea.

Él retiró la mano poco a poco.

—Ahora ya sabemos que Serena Mansfield es el alma de la organización —murmuró—. Parece mentira, ¿verdad? Tan joven... Pero había usado muchas veces el nombre y la firma de su padre, con la tolerancia de éste. Por eso Mansfield no pudo soportarlo, cuando se dio cuenta del pozo en que había caído.

—Fue una cobardía. Declarando lo que sabía, hubiera eliminado muchas complicaciones.

—Yo no juzgo a los que ya están muertos —dijo el general—. De acuerdo, fue una cobardía. Pero ya sabemos lo suficiente para empezar el proceso. Hoy mismo se pasará a la firma la lista con los nombres de los que han de ser detenidos.

—Encabezada, supongo, con el de Serena Mansfield.

—Por descontado que sí.

Abrí la portezuela del coche y resbalé materialmente fuera. Las piernas me fallaban. Creo que en este momento no hubiera tenido fuerzas ni para correr.

El general Bill Anders se limitó a decir:

—Tendrá noticias mías.

Y arrancó suavemente. Yo me quedé en la acera, mirándolo con los ojos entrecerrados y absortos, hasta que el lujoso «Oldsmobile» se perdió en la distancia.

El mundo entero seguía dando vueltas en torno mío. Lo veía al norte, al sur, al este, al oeste...

Y ni por el Norte, ni por el Sur, ni por el Este, ni por el Oeste me gustaba una pizca.

CAPÍTULO X

Ahora, Lina Wong estaba en el hotel Manhattan. Es un hotel más modesto que el Pier, claro, aunque bueno. Muy bueno, diría. Noté que estaba protegida al ver a los dos tipos que leían sus periódicos en el vestíbulo, y que tenían ese aire inconfundible de pistoleros profesionales que yo conocía tan bien. No sé si estaban al servicio del ejército, pero eso me importaba poco ahora. Pedí que me anunciaran a Lina Wong.

Diríase que ella me esperaba.

Iba vestida con un dos piezas gris, consistente en unos pantalones muy ceñidos y una chaqueta tipo Mao, que parecía diseñada a propósito para su rostro levemente oriental. Cuando empujé la puerta, estaba preparando dos *whiskies*.

Apenas me miró.

—Hola, Dick.

Me detuve en la puerta, con las manos en los bolsillos.

¿Por qué pensé que Irma pudo haber sido como ella? ¿Por qué sentí de pronto dentro de mí mismo todo el dolor de la vida de Irma, en la que no hubo más que sufrimiento desde que nació?

Lina desvió sus ojos rasgados.

—¿Qué te pasa, Dick?

—¿Puedes preparar tus cosas?

—¿Te refieres a mi equipaje?

—Sí.

—¿Para qué he de prepararlo?

—Nos vamos.

Ella parpadeó.

—¿A dónde?

—No lo sé, pero lejos de esta maldita ciudad. No quiero estar en ella ni hoy ni mañana. No quiero tener los pies en Nueva York cuando entierren a cierta mujer.

—Sabes que estoy en libertad bajo fianza. No puedo abandonar la ciudad sin permiso.

—No te preocupes por eso; yo sé lo que me hago. Hala, prepara tus cosas.

Debo reconocer que Lina Wong se comportó como una mujercita obediente. No rechistó.

Debo reconocer también que lo pensé: A su modo, era una heroína. Se estaba jugando la piel para desenmascarar a una pandilla de hijos de zorra. Y Lina Wong no tenía una piel de recambio. Se lo estaba jugando todo con más valentía que yo, que al fin y al cabo cobraba del Tío Sam para que un día me agujerearan el traje.

Mientras maniobraba por la habitación, la miré.

Caderas torneadas, piernas para la portada de un *magazine*, boca para hacer olvidar a un hombre que existe la desgracia en este mundo.

Cerré los ojos y me pareció ver a Irma en el depósito de cadáveres.

Mascullé:

—Vamos.

—¿Pero a dónde?

—Te he dicho que no lo sé. Alquilaremos un coche para que no puedan identificarnos. Nos pararemos en cualquier sitio.

Mientras ella terminaba de cerrar su maletín, disqué el número de la Brigada.

Se puso Russell.

—Hola, teniente, esperaba que llamase.

—¿Habéis terminado la redada?

—Sí, jefe. El capitán Sinclair está asustado. Hay aquí treinta hombres, la mitad de los cuales juraría que pertenecen al Sindicato del Crimen. Y si no es así, lo mismo da. Porque cualquiera de ellos mataría por medie dólar.

De acuerdo... Un magnífico trabajo. Tomadles la filiación y dejadles libres.

—¿Quéeeee?...

—He ordenado la redada para tener una disculpa yo mismo, si había tiros. Y los ha habido. Los hombres a los que me interesaba encontrar ya están muertos.

Oí el resoplido de Russell al otro lado del hilo.

—De... de acuerdo, usted manda. El capitán Sinclair no se opondrá a que los soltemos. Al contrario, lo está deseando.

—Pues a la calle con ellos. Oye...

—Diga, teniente.

—Supongo que también han llevado detenida a una mujer de campeonato. Me refiero a Serena Mansfield.

—Sí. Y el propio fiscal del distrito ha venido a ver qué pasa. Seguro que le conceden la libertad bajo fianza antes de media hora.

Apreté con rabia los labios.

Pero no podía hacer nada.

—Es posible que tarde veinticuatro horas en aparecer por ahí — dije—. Es posible. Sí... Recuérdalo.

Y colgué.

Lina Wong ya me estaba esperando con el maletín en la mano. No teníamos más que partir.

Pero ¿a dónde?

CAPÍTULO XI

A cualquier sitio, había dicho yo. Y, en efecto, ésa era mi idea.

Quería estar lejos de determinadas ambientes, aunque no sabía bien por qué. Me guiaba mi instinto. Después de varios años en la Brigada había llegado a tener una especie de instinto de fiera, que ventea el peligro. De modo que no di explicaciones a Lina Wong, porque hay cosas que no pueden explicarse. Tomamos un taxi y nos dirigimos a una de las muchas casas de alquiler de coches que hay en Nueva York. Puse la zarpa sobre un «Pontiac» deportivo, de dos plazas, capaz de llevarnos en un santiamén hasta el otro lado del país. Y no pensé eso en vano, porque quizá acabaríamos en San Francisco. No lo sabía.

Lina Wong tuvo la cortesía de no hacerme preguntas. Confiaba en mí, y eso era todo lo que yo podía pedirle en tales momentos. Pero cuando ya rodábamos hacia Washington, por una llanura sin relieves y absolutamente insípida, le expliqué lo que había hablado con el general Bill Anders.

Ella me escuchaba en silencio.

Cuando hube terminado, murmuró:

—Sí. Todo eso es cierto.

—¿Vas a declarar de verdad en un juicio de esa clase?

—Sí. Y no vacilaré.

—¿Sabes a lo que te expones?

—Me han dado motivos para enterarme, ¿no?

Tenía razón. Ya sabía lo que se jugaba con aquella clase de patriotismos. Y la admiré profundamente, la admiré mucho más que antes. Tero no pude por menos que preguntar:

—Al fin y al cabo, ¿a ti qué te importa?

—Tiene que importarme, puesto que nací en Vietnam y pienso seguir viviendo allí. Aunque tengo pasaporte americano, aquél es realmente mi país.

—Podías haberte pasado al Vietcong, demonios, y habría resultado menos peligroso para ti.

—No creo que pasarme al Vietcong hubiera sido la solución más acertada. No. Ni siquiera el Vietcong tiene nada que ver con esto. Ni Estados Unidos. Se trata de una pandilla de buitres que roban porque allí es fácil robar, y que matan porque allí es fácil matar. Pero sus actividades cuestan la vida a miles de personas cada mes; en los campos de prisioneros ha faltado la comida; en los hospitales civiles han faltado medicamentos esenciales que habían sido enviados diez veces. Además, el prestigio de este país se arrastra en muchos aspectos por los suelos. Por eso quiero decir ante un tribunal todo lo que sé.

Apreté los labios, mientras aumentaba la velocidad.

La admiré más que nunca.

No la admiraba ya como una muchacha bonita, sino como una mujercita inteligente y valerosa. Y aunque en ningún momento me hizo olvidar a Irma, me encontré bien a su lado. Porque ella me demostró con su presencia que el mundo no se termina, y que cuando nos parece haberlo perdido todo, nos damos cuenta de que tenemos motivos para empezar de nuevo otra vez.

No nos acordamos ni de comer. No nos detuvimos en todo el camino, hasta llegar a Washington. Como desde Nueva York hasta la capital se rueda siempre sobre autopista, la velocidad media es muy alta, aunque a uno no le permitan pasar de los cien. Y se habían iluminado ya desde el Memorial de Lincoln hasta el Capitolio cuando avistamos desde la carretera la pequeña, tranquila y en cierto modo pintoresca capital de Estados Unidos.

Pero no entramos en ella.

Nos detuvimos en un motel, a unas dos millas. Pensé que Lina Wong pondría algún obstáculo, pero obró con la más perfecta naturalidad. No pestañeó cuando pedí dos habitaciones. Estoy seguro de que tampoco hubiera pestañeado si llego a pedir sólo una.

Encerré el coche (tuve el máximo interés en que no pudiera verlo nadie desde la carretera) y luego comimos en el *snack bar*. Lo único que me preguntó Lina fue si estaba seguro de que nadie nos había seguido.

—Estoy casi absolutamente seguro —dije—. Soy un experto en persecuciones. No he visto a nadie que estuviera detrás de nosotros

más de media milla.

—Pero basta con que ros hayan visto un momento para saber la dirección que seguíamos —murmuró—. Y para telegrafiar a algún sitio.

—Es cierto, pero resulta un peligro inevitable, muchacha. Y de todos modos, mucho más expuesta estabas en Nueva York.

No contestó hasta que volvimos al motel.

Nos despedimos en la puerta de su habitación. La mía era la contigua. Cuando estuvimos en el umbral, me pidió un cigarrillo. No recuerdo que me hubiese pedido ninguno hasta entonces, en todo el camino. Lo acarició con la pulpa de sus labios y luego esperó a que le diese fuego.

La llamita brotó en silencio.

Nos mirábamos fijamente a los ojos.

Ella aspiró el humo y retrocedió.

Cerré la puerta de su habitación. La imagen turbadora de la muchacha desapareció:

Bueno, desaparecieron otras muchas cosas.

Por ejemplo, el pasillo.

Por ejemplo, la sensación de estar de pie sobre el suelo.

Por ejemplo, la sensación de que había logrado huir de mis enemigos.

Porque mis enemigos estaban allí.

Al menos eran dos.

Y fueron dos las culatas que se abatieron pesadamente sobre mi cráneo.

Siempre he tenido la cabeza dura. Me han pegado tantas veces que ya tengo el coco un poco acostumbrado. En eso, como en todo, también vale el entrenamiento.

Caí de bruces, mientras me daba cuenta de que iba a morir.

O quizá era peor. Quizá sólo matarían a Lina.

Noté que se despreocupaban de mí, al menos por el momento. Y me pareció ver confusamente que abrían la puerta de la habitación de la muchacha.

El dolor en la nuca era espantoso.

No sé si alguno de ustedes ha recibido caricias de esa clase. En todo caso, no se lo deseo. Lo peor era que me había acometido una atroz indiferencia, un deseo que sólo consistía en quedar tendido y

esperar, en no mover ni un músculo, todos los cuales me dolían espantosamente.

Pero mi cerebro funcionaba.

Me daba cuenta de bastantes cosas.

Por ejemplo, de que era cierto que acababan de abrir la habitación de Lina Wong.

Oí dos secos taponazos.

Entonces me di cuenta de que todo acababa de terminar. De que mi desesperada aventura había sido inútil. De que había sido inútil el sacrificio de Lina Wong. Inútil todo. Para siempre todo.

No sé qué fue lo que me hizo reaccionar. Quizá el deseo de vengar a Lina, ya que sabía que todo lo demás era inútil. Lo cierto fue que me encontré en el suelo pero en posición invertida, de cara a los dos individuos y con el 38 en la mano.

Los dos disparos parecieron sonar dentro de mi cerebro. Tan castigado lo tenía que me dio la sensación de que un millón de piezas sueltas volaban por los aires. Claro que peor debió ser aún la sensación que tuvieron mis dos enemigos, porque los cacé bien. Los vi contorsionarse y caer. Uno de ellos giró su pistola silenciadora hacia mí, seguramente lamentando no haberme matado antes. Es muy probable que si aquel tipo llega a vivir, jamás hubiera vuelto a respetar a un teniente de la Metropolitana. Pero no vivió.

Cuando su bala se hubo hundido inútilmente en una de las paredes del pasillo, cayó como un fardo para no moverse más. Su compañero parecía contemplar, asombrado, las lámparas del motel. Me puse en pie vacilando, mientras imaginaba que la posición de Lina no sería muy distinta.

Aquella misma mañana habían asesinado a Irma. ¿Es que tendría que ver morir en un mismo día a las dos únicas mujeres que me habían ayudado? En ese momento no hubiera dado ni un dólar machacado por mi vida y por mi destino. Pero al entrar en la habitación de Lina tuve una violenta sorpresa.

Quizá la muchacha estaba algo ridícula, pero al menos había obrado con sentido práctico. Al oír que me daban los dos golpes había levantado el colchón, parapetándose tras él. Los dos plomos lo habían atravesado, pero sin rozarla, por la sencilla razón de que los dos sicarios no llegaron ni por un momento a verla bien.

Susurré:

—Lina...

Lina Wong me miraba con los ojos muy abiertos. Me dio la sensación de que no sabía bien lo que ocurría, pese a que en cierto modo debía haber estado esperando aquello. El caso fue que no tuve ocasión de decir una palabra más. En aquel momento un elefante vestido con un traje príncipe de Gales y al que sólo le faltaba la trompa se abalanzó sobre mí y me golpeo en la nuca. Era lo único que me faltaba. Si no recordaba de qué color era la primera papilla que había tomado en mi vida, entonces lo supe.

Me encontré tumbado en la cama de Lina, mientras el revólver reglamentario volaba por los aires. El tipo me sujetó por las solapas y me zarandeó pesadamente.

—¡Soy el detective del motel! —bramó—. ¿Quién es usted? ¿Por qué ha matado a esos dos hombres?

No pude responder; tres golpes como los que acababa de recibir eran como para acabar con las ganas de hablar de cualquiera. Pero fue Lina Wong la que hablo por mí:

—Es el teniente Tracy, de la Brigada de Homicidios de Nueva York.

El elefante se me quedó mirando como si no supiera si darme otro guantazo o colgarme una medalla.

Pesadamente, extraje mi credencial y se la mostré. El detective no sólo la miró, sino que hasta pareció olerla.

—Aquí no estamos en su jurisdicción...

—Lo sé de sobra —mascullé—. Si estuviéramos en Nueva York, no me habría molestado ni en contestarle. Seguramente ya le habría cortado la trompa.

Resultaba evidente que yo no le había caído simpático a aquel tipo.

Fue a descolgar el teléfono de la habitación, sin duda para llamar a la policía de Washington, pero en ese momento una voz metálica dijo desde el umbral:

—No hace falta que lo haga.

Todos miramos hacia el mismo sitio.

El hombre que acababa de hablar resultaba muy conocido en los medios políticos del país. Yo no sé si usted es asiduo lector de revistas norteamericanas pero si lo es, habrá visto su retrato varias veces. Se trataba del senador Evans, quien formaba parte de la

Comisión de Actividades Antiamericanas. Tampoco estoy seguro de si usted ha oído hablar de esa comisión. Imagino que sí.

Evans había trabajado en ella durante los buenos (o malos) tiempos del senador McCarthy, quien no tiene nada que ver con el que se presentó hace poco como candidato a la presidencia de Estados Unidos. Ahora Evans y los de la Comisión ya no perseguían comunistas, sino toda esa variada gama de traidores y aprovechados que hay en un país como éste. Posiblemente tenía mucho que ver con el asunto que me había traído hacia allí y con el juicio monstruo en que declararían Lina Wong.

Todos estos pensamientos pasaron por mi cerebro con gran rapidez. Ya he dicho que mi caletre funcionaba bien, aunque tuviera la nuca molida a golpes. Le vi acercarse a mí y ayudarme a ponerme en pie.

—No hace falta llamar a la policía para comprobar la identidad de este hombre —dijo el senador—. Le conozco personalmente. En cambio, puede llamar a las patrullas para que se hagan cargo de esos dos muertos y realicen los trámites de rigor. —Me miró fijamente—. ¿Qué tal se siente, Dick?

Me pasé una mano por la cabeza.

—Ya le ve, senador: con un pie en la tumba y el otro en el depósito de cadáveres. Si le dijera que estoy como nunca se reirían hasta los hijos que no he tenido. Pero de todos modos ya me voy sintiéndome...

No terminé la palabra «mejor», con la que pensaba adornar la frasecita. Quedé sentado en la cama mientras la habitación volvía a dar vueltas en torno mío.

Noté que me ponían en los labios el gollete de una botella y bebí ávidamente. Debía ser *whisky* de a dólar la tonelada, pero casi al instante me sentí mejor.

Mientras el detective del motel telefoneaba, el senador Evans tomó una butaca y se sentó frente a mí.

Quizá tenía muchas cosas que decirme —y luego lo demostró—, pero fui yo el primero en hablar.

—¿Cómo está aquí, senador?

—De la misma forma que estaban esos dos.

—¿Quiere decir que...?

—Sí, Tracy, su escapada no ha sido un secreto, aunque usted

haya creído lo contrario. Ni siquiera la treta del coche alquilado sirve en un caso así. Los que querían acabar con usted debían tener controles en todas las carreteras. En cuanto a mí, tenía la obligación de estar informado acerca de sus actividades. Un federal me dio cuenta de su salida de Nueva York y del coche que tripulaba. Por medio de los helicópteros y vigilancia de tráfico no ha sido difícil tenerlo controlado desde el primero hasta el último minuto, aunque usted no se diera cuenta.

Hundí la cabeza.

En estos tiempos, la lucha de un hombre sólo sirve de bien poco. Hay un millón de mecanismos y de personas que os controlan, que os vigilan, y que si conviene os quitan de en medio. La época de los lobos solitarios como yo es prácticamente una época que ya ha terminado.

Evans susurró:

—No debiera extrañarse tanto, Dick.

—¿Por qué?

—Cómo puede suponer, hay una comisión del Senado que se encarga de controlar ese proceso en el que va a intervenir Lina Wong, y en el que usted se ha visto envuelto. El jefe de esta comisión del Senado soy yo. Por eso tenía tanto interés en conocer sus movimientos y los de esa muchacha.

—Creí que el que se encargaba de todo eso era el general Bill Anders —masculé.

—El general Anders es, simplemente, un miembro de la comisión, que está compuesta por militares y civiles. Yo soy el responsable de la marcha de este asunto. Y sobre ella quiero hablarle con claridad, Dick Tracy.

Dejando a la muchacha sola, me hizo salir de la habitación. El motel estaba rodeado de jardines, que en verano debían servir también como *parking*. Nos detuvimos allí, y cuando estuvo seguro de que nadie podía oírnos, murmuró:

—Esto va a terminarse, teniente.

—¿Terminarse? ¿En qué sentido?

—No habrá proceso contra esos generales ni contra los políticos sudvietnamitas que los han ayudado.

Tuve que apoyarme en el tronco de un árbol. Me pareció que el mundo entero daba vueltas en torno mío.

¡Porque aquello no me lo decía un cualquiera! ¡Me lo estaba diciendo el propio senador Evans!

—¿Pero por qué? —balbucí.

—La comisión del Senado lo ha resuelto así esta tarde. La que le estoy dando es, por tanto, una noticia recientísima. Incluso algunos de los miembros de esta comisión no la conocen aún, porque no ha sido posible reunir el pleno. El general Bill Anders, por ejemplo, está en Nueva York, aunque le comunicaré telegráficamente lo que se ha decidido. Ahora, lo importante es que usted deje de preocuparse de este asunto, teniente. Lina Wong volverá a Vietnam si lo desea. Nosotros respondemos de su seguridad En cuanto a usted...

No le escupí a la cara porque hasta para eso me faltaban fuerzas. En cambio, las tenía para mover la rodilla, clavársela en el bajo vientre y dejarle cojo al menos una semana; pero no lo hice, porque imagine usted lo que sería el que anduviera cojo el Senado de Estados Unidos.

Me parecía que todo el país se había vuelto loco y que Evans representaba aquel estado de locura.

—¡Usted no puede responder de nada! —grité—. Si no llego a tener la cabeza más dura que la estatua de Lincoln, esa chica ya estaría muerta. ¿Cómo puede garantizarme que eso no volverá a pasar en lo sucesivo?

—Tomaremos las medidas adecuadas —me respondió, en un tono perfectamente oficial.

—¡Pero lo que dice es absurdo! —volví a gritar—. Ha habido ya demasiadas suciedades en este asunto, demasiados muertos, demasiadas cosas que hace falta aclarar para siempre. No es el momento de volverse atrás. Si lo hace, cometerá una traición, senador. Y recuerde bien que no he llegado hasta aquí para volver atrás.

—Usted es un lobo solitario, Tracy.

—Lo sé, y también sé que soy algunas cosas peores. En la Brigada, mis propios hombres me llaman perro. Pero por eso mismo, cuando hincó los dientes, no suelto mi presa, senador, se lo juro.

—Los lobos solitarios no ven más que la caza que tienen delante. Usted no se da cuenta del conjunto de esta cuestión. Hemos creído

oportuno no provocar un escándalo que tendría graves consecuencias en el conflicto de Vietnam, y en la moral de parte de nuestro ejército. Los políticos sudvietnamitas que han intervenido en esto serán deportados en secreto, y los generales que los han ayudado serán destituidos. Pero todo esto, administrativamente. Sin ruidos y sin escándalos.

—Pero si no hay proceso nunca descubrirán a todos los culpables —dije—. Sólo atraparán a algunos.

Y se puede dar el caso de que paguen justos por pecadores. ¿Ha pensado en eso?

—Todo se hará con las máximas garantías, Tracy —me prometió el senador.

—Sí —dije, burlonamente—, con las mismas garantías que me han ofrecido para la vida de esa muchacha.

Evans guardó un memento de silencio.

Por lo visto, todo aquello le dolía, pero no sabía qué otra actitud adoptar. Apreté los puños y dije, con un rechinar de dientes:

—Por mi parte no voy a hacer maldito caso a esa comisión del senado, señor Evans.

Me miró asombrado.

—¿Pero por qué? ¿Es acaso porque han intentado matarle? ¿No lo han hecho otras veces? Creí que para un hombre como usted eso carecía de importancia.

—No, no me importa el que hayan intentado matarme —dije—. Desde que metí las narices en la Brigada de Homicidios han estado tratando de hacerlo. Ninguna compañía aseguradora daría diez centavos por mi piel en este momento; de modo que no es eso lo que me importa, senador. En cambio, he visto morir a una mujer. La he visto morir esta misma mañana. La han arrojado por unas escaleras, pero usted quizá no sabe lo que ocurre con una muchacha cuando padece tuberculosis ósea. El médico lo ha dicho bien claramente «Es como si la hubiesen arrojado desde un duodécimo piso». Su cerebro ya debía estar en los pies, senador, y eso no lo olvido. Si quiere saber la razón por la cual seguiré siendo un lobo solitario, ya se la he dado. Usted no tiene la culpa, pero éste es un país donde el individuo aún cuenta alguna cosa. Y como individuo voy a seguir adelante, señor Evans. Es todo lo que tenía que decirle.

Él encajó las mandíbulas.

Estoy seguro de que no le había convencido, estoy seguro también de que quería ponerme la zarpa encima. La obsesión de detenerme debió ser muy fuerte para él, a juzgar por la cara que puso. Pero se la quité en un momento.

También le quité la cara del sitio que ocupaba, ésa es la verdad.

No sé de dónde saqué fuerzas para aquel guantazo. En todo caso, como uno no pega a un senador todos los días, el tortazo fue de solemnidad. Luego, me alejé de él.

Lina aún estaba en la habitación, con las facciones demudadas. Me miró con asombro.

—Prepárate —dije—. Nos vamos.

—Pero... ¿a dónde?

—Bien lejos de aquí.

Pero en realidad no tenía ni la más remota idea de moverme de Washington.

CAPÍTULO XII

No pensaba moverme de Washington porque en la capital está la sede del Tribunal Supremo Federal de Estados Unidos, que tiene jurisdicción sobre todo el país, a diferencia de los tribunales supremos de los demás Estados, que solamente entienden de casos ocurridos en los mismos.

Un policía, aunque sea modesto como yo, tiene que entender algo de leyes, y no solamente de puñetazos.

Conocía también algo que me daba una última posibilidad de actuación legal: en la mayoría de los países, y también en Estados Unidos, un ciudadano puede denunciar cualquier hecho delictivo de que tenga conocimiento, y constituirse en parte acusadora. Yo pensaba utilizar este procedimiento.

Naturalmente, son muy pocas las personas que tienen conocimiento del mismo, al menos en mi país. De otro modo no se explicaría la denuncia que recientísimamente ha hecho el presidente Nixon, y en la cual reconoce que los beneficios ilegales obtenidos sólo por los hombres que controlan el juego y las apuestas alcanzan cifras que van desde los veinte mil a los cincuenta mil millones de dólares, tanto o más que lo que la nación debe pagar para sostener la guerra del Vietnam.

Después de veinte años de lucha contra el crimen a nivel federal, las veinticuatro familias que controlaban el juego, las apuestas, la venta de drogas, la trata de blancas y la venta de secretos militares e industriales se hallan hoy más seguras y enraizadas que nunca. El propio Nixon lo ha denunciado: «Hasta el más profundo secreto de la vida americana está contaminado».

Ése era el panorama al que se estaba enfrentando un hombre solo como yo.

No sé de dónde sacaba las esperanzas. Pero lo que sí les juro es que no había renunciado a luchar.

Por eso, cuando saqué a Lina del motel, le dije que nos íbamos bien lejos. Quería desorientar a los que oyeran aquello. Lo cierto fue que nadie me detuvo. Un momento después estábamos rodando hacia el Noroeste, en dirección a Pittsburg.

Lina Wong no me había hecho ni una sola pregunta. Se confiaba a mí completamente.

Por eso me inspira más repugnancia lo que tuve que hacer después.

Media hora más tarde viré en una carretera secundaria y regresé de nuevo a la capital. Esta vez, al ser de noche, no se me podía controlar tan fácilmente, sobre todo por parte de los helicópteros de tráfico. Una vez en Washington me dirigí directamente al domicilio del juez Marcuse.

Yo conocía a Marcuse por haber declarado como policía en un par de juicios en los que él intervino. Supongo que me tenía en buen concepto, al revés de todos mis jefes. Marcuse, muchos de ustedes lo sabrán, forma parte del Tribunal Supremo Federal de Estados Unidos. Todo consistía en averiguar si querría admitir una denuncia como aquélla, y más fuera de su despacho oficial.

Pero si fui a ver a Marcuse es porque se trata de un hombre digno y que también sabe jugarse el pan cuando hace falta. Después de una hora de hablar con él estaba tan convencido de que el asunto debía llevarse adelante que no sólo admitió mi denuncia, sino que prometió llevar personalmente el asunto para que no hubiera interferencias que pudieran estropearlo todo.

Realmente, la forma normal de plantear aquel juicio hubiera sido a través de una comisión senatorial, pero ya que eso fallaba, me quedaba una última posibilidad, que era la que estaba jugando, hasta el momento, con éxito.

Cuando nos despedíamos, el juez Marcuse me hizo una advertencia que en cierto modo no era necesaria, pero que me heló la sangre en las venas:

—Cuide de su testigo, teniente. Lina Wong es la única arma que tiene. Si la hacen desaparecer no sólo no conseguirá nada, sino que cabe la posibilidad de que le condenen por injurias y le destituyan de su cargo.

La verdad era que eso me importaba muy poco, por lo que se refería a mí. Pero, en cambio, me horrorizaba pensar en la

desaparición de Lina. Y eso era justamente lo que tendría que evitar, durante un tiempo que me parecía interminable.

Las otras palabras de Marcuse que quedaron grabadas en mi cráneo fueron:

—Y ahora váyanse cuanto antes de Washington.

Eso era justamente lo que pensaba hacer.

Nos largamos a toda velocidad de la capital, ahora por la autopista que conduce a Nueva York y que era la misma que habíamos usado por la mañana. Reconozco que yo entonces era un fugitivo, y por lo tanto obraba como tal. ¿He dicho ya que soy un poco experto en persecuciones? Bueno, pues desafío a cualquiera a que dibuje la ruta que seguí hasta desembocar en la autopista, y aun los rodeos que prodigué una vez en ésta. Dudo que nadie hubiera sido capaz de seguirme. Aun así, calculé que a las Cuatro de la madrugada estaríamos en Nueva York.

Pero antes hice algo.

Nos detuvimos una sola vez, y fue en una de estas estaciones de servicio donde ya he dicho que hay de todo, menos una casa de maternidad, y aun ése lo pondrán, algún día. Mientras Lina tomaba un bocadillo en el bar, yo me amarré al teléfono.

Sabía que la casa en la que había alquilado mí «Pontiac» deportivo estaba abierta toda la noche. Ahora hacía falta probar suerte.

Disqué el número —que figuraba en el contrato de alquiler—, y pregunté a la empleada si tenían otro automóvil de la misma marca y del mismo color que el que había alquilado yo.

En muchas cosas había tenido desgracia, pero en esta tuve suerte.

Estaba disponible un automóvil de la misma marca, el mismo tipo y el mismo color. Y al perro de la casa de alquiler se le hizo la boca agua pensando en la posibilidad de colocarlo a aquella hora.

Le pedí me lo situara en un cierto lugar de Manhattan cuyas señas le di muy detalladamente. Le aseguré que lo recogería allí antes del amanecer y que pagaría tarifa doble. Luego colgué.

Mi siguiente llamada fue para la Brigada de Homicidios.

Estaban allí aún todas las serpientes de mi grupo, seguramente cambiando la piel. Imaginé la escena. Según como se hubiera sentado Serena Mansfield, los tipos ya no debían saber si estaban en

Nueva York o buscando oro en la antigua Lima.

Pedí que se pusiera Russell, el único hombre en quién podía confiar.

Le hice una sola pregunta:

—¿Han sacado ya a la Mansfield bajo fianza?

—Aún no, jefe. La suma ya está depositada, pero falta la firma del fiscal del distrito. No creo que esto se demore más de una hora. Y será mejor, porque la muy furcia se ha sentado con las piernas cruzadas encima de una mesa, mientras espera. No puede imaginarse la de polizontes que hay aquí. Hasta los que estaban de vacaciones en el Ecuador han vuelto.

—¿No ha pedido ver el cadáver de su padre? —pregunté.

—No creo que a una mujer como ésa su padre le haya importado nunca. Ahora que ya no le es útil, no creo que lea ni la esquila.

Yo sabía que Russell tenía razón. Y nunca una mujer me había inspirado tanta repugnancia como Serena Mansfield, sobre todo teniendo en cuenta que ella disponía de todas las bazas para vivir, mientras que Lina Wong no era otra cosa que una condenada a muerte.

Solté una orden para Russell:

—Bueno, muchacho, vas a sacarla de allí.

—¡Pero si está detenida!

—Si la fianza ha sido ya depositada, eso importa muy poco. Llévala a su casa o al hotel que ella elija, y desde allí deja que telefonee a quien le dé la gana diciendo que ya está libre. Tú aguarda con ella a que te comuniquen la llegada de la orden del fiscal. Permite que la vea quien quiera, pero no dejes que se estacionen en la habitación ni en el hotel. Luego, si ella quiere salir, síguela. Y ahí viene el punto más importante, muchacho.

Di una serie de órdenes a Russell sobre lo que debía hacer en el caso de que Serena Mansfield saliera a la calle. «¿Y si no sale?», me preguntó Russell. Bueno, en ese caso, muchas cosas se iban al infierno. Pero yo suponía que Serena quería ponerse en contacto personal con alguien, seguramente con el jefe de la organización.

Sólo después de hacer todo eso colgué el teléfono.

Lina Wong había comido ya no sé cuántos bocadillos.

Me dijo que quería aprovechar porque aquélla podía ser muy bien su última cena.

No sabía lo cerca que estaba de la verdad.

Fue al llegar a Nueva York cuando empezaren a suceder exactamente todas las cosas que yo esperaba.

Tengo la mala costumbre de vivir en Manhattan muy cerca de la Brigada. Mi apartamento está hacia la calle Treinta, a la altura de Broadway. Ya sé que mucha gente me envidiará porque creerá que aquél es un sitio animado. Se equivoca. La calle Treinta es allí una especie de pozo negro donde, para mayor amenidad, han instalado dos floristerías y una funeraria.

Estacioné el coche ante la entrada de la casa y saqué la cabeza para descender, pero volví a ocultarla inmediatamente, en cuestión de segundos.

Sabía que aquello era jugarme la vida a cara o cruz. El tipo que iba a disparar pondría la bala cuando yo pusiera la cabeza. Lo importante era que para entonces mi cabeza ya no estuviera allí.

Como el lugar es muy oscuro, el tirador no podía verme. Al menos, en teoría.

Pero el muy zorro usaba un rifle con lente telescópica de rayos infrarrojos, el cual le permitía ver mi figura en la oscuridad, aunque teñida de un color rosado.

La bala, del calibre nueve, pasó lamiendo la carrocería del coche, justo donde unos segundos antes había estado mi cabeza.

Debo confesar que quizá aquí arriesgué demasiado. Pero si había vuelto a Nueva York era precisamente para que todas aquellas malditas cosas sucedieran de una maldita vez.

Como la portezuela estaba abierta, indiqué a Lina que se tendiera junto al bordillo, protegida por el coche, y yo la cubrí con mi cuerpo. El tipo del rifle no podía verme. Disparó otras dos veces, con un silenciador, pero sólo para poder asegurar a sus jefes que había hecho todo lo posible. Luego, se largó.

Al menos, eso supuse.

El fulano no se expondría a que yo le preparara una trampa.

Tras unos minutos de espera, indiqué a Lina que corriese hacia la entrada de la casa. Yo lo haría en segundo lugar. Mi posición sería la más peligrosa, porque ella podía sorprender al tirador, pero yo ya no.

De todos modos, y como suponía, el buitre se había largado. Llegamos sin novedad a mi apartamento.

No había hecho más que prepararme un *whisky* doble cuando el teléfono empezó a sonar.

Me acerqué a él. Por precaución había bajado todas las cortinillas, de modo que desde fuera no podían verme.

Reconocí la voz del senador Evans.

—Menos mal que le encuentro, Tracy —masculló.

—¿Es que sabía que me había largado de Washington, senador? —pregunté, burlonamente.

—No es ningún secreto para nadie, condenado polizonte. Lo que no he podido averiguar es adonde se dirigía. Por eso he estado llamando a su apartamento cada media hora, con la esperanza de que apareciera por ahí.

—Pues he aparecido por casualidad, senador. Usted es como el sol, que siempre aparece después de las tormentas. No sé si le causará sorpresa saber qué hace cinco minutos han intentado matarme otra vez.

No creo que el senador quedara muy desmoralizado por la noticia. Evans era un político, y por lo tanto le molestaban los hombres de acción directa como yo. Si me iba al diablo, tanto mejor. Por eso murmuró:

—Se lo está buscando, Tracy.

—¿Buscando qué?...

—Le dije que el asunto iba a ser resuelto de forma administrativa.

—A los criminales no se les castiga de forma administrativa, Evans.

—Reconozco que no es el sistema ideal, pero es el que conviene al país —argumentó.

—Lo que conviene al país, senador, es que se digan las cosas claras de una vez. Lo que conviene es que no haya más secretos que no salen del Senado o de la Casa Blanca. Ni siquiera sabemos aún en qué consisten los informes reservados sobre la muerte de Kennedy, y que han de ser guardados aún durante al menos veinticinco años. No quiero que en este sucio asunto ocurra lo mismo, senador. Las cosas no se arreglan con el traslado de unos cuantos generales. La pandilla de asesinos que actúa bajo su protección seguiría actuando igual. Por eso insisto en que continuaré actuando a mi manera. No me importa lo que me vaya a

sucedier. Pero no escucharé ni uno solo de sus condenados consejos, Evans.

Iba a colgarle el teléfono, pero él pareció notarlo.

—¿Ha presentado alguna denuncia judicial? —me preguntó rápidamente.

—Sí, ante el juez Marcuse. Él cuidará de llevar adelante este asunto.

—Está usted loco, Tracy —masculló Evans.

—¿Loco por qué?

—Sólo tiene a un testigo. Imagine que desaparece.

—En ese caso, todo se habrá ido al diablo, senador. ¿Es eso lo que le gustaría que sucediese?

—Bien sabe que no, Tracy. Se me puede acusar de cualquier cosa menos de no defender la ley. Quizá soy excesivamente político, pero nunca me aliaré con una banda de asesinos.

—Estoy seguro de eso, senador —dije.

Y colgué.

Al volverme, vi que Lina Wong se estaba desvistiendo.

Lo hacía con naturalidad, como antes en el motel. Me di entonces cuenta de que muchas cosas me unían a aquella mujer. De que era como si nos hubiésemos conocido muchos años antes. Y de que a pesar de todos los conflictos, me sentía feliz a su lado.

Pero mis pensamientos terminaron ahí.

Volví la espalda mientras ella terminaba de desvestirse.

Así fue como oí el susurro de sus palabras mezclado al susurro de sus ropas.

—Te han llamado para hacerte una última advertencia, ¿verdad?

—Sí, pero en esta ocasión no eran los que trataron de matarme. Ahora se trataba del senador Evans. Él quiere llevar el asunto adelante por medios exclusivamente políticos, mientras que yo... Quizá he llevado esto demasiado lejos —dije de repente—. Si tú quieres volverte atrás, aún estamos a tiempo, Lina.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Yo no soy de las que se retiran, Dick.

—Pero te estás jugando la vida. Te la estás jugando más que yo. Si Evans sabía dónde estamos, y sí lo sabía este tirador que nos ha dado la bienvenida lo saben todos los demás, Lina. Es muy posible que nos acorralen. Al fin y al cabo, tú y yo estamos solos. Lo más

probable es que ésta sea nuestra última noche.

Ella me miraba fijamente.

Parecía pensar un millón de cosas.

Pero cuando una mujer piensa un millón de cosas, siempre hay una que es más importante que las demás.

Y en el caso de Lina, el pensamiento importante era éste:

«Si es nuestra última noche, vamos a aprovecharla».

Pero el caso fue que yo no la seguí por aquella línea.

Tenía otras cosas en la cabeza para lo que podía ser nuestra última noche.

Ella se volvió de espaldas.

Había hecho un mohín indefinible. Poco después desapareció. Y oí el agua de la ducha al resbalar sobre su cuerpo.

Supongo que ya he dicho que me estaba preparando un *whisky* doble cuando llamó el senador Evans. Bueno, pues me lo bebí de un trago.

Y me nacía falta, porque adiviné lo que iba a suceder.

En ese momento sonó otra vez el teléfono.

CAPÍTULO XIII

Lo descolgué sin prisas.

La voz del que me telefoneaba me resultó perfectamente desconocida. No era de extrañar, porque debía de tratarse de uno de los torpedos con los que me había tropezado tantas veces. Y ya saben ustedes que detrás de cada torpedo hay un submarino que está bajo la superficie.

La voz dijo simplemente:

—Es la última advertencia, Tracy.

Lo daba por supuesto.

—¿Una última advertencia para qué? —pregunté burlonamente.

—Puede imaginarlo, pero por si acaso, se lo repetiré letra por letra: la fiesta ha terminado, Tracy. Está tan acorralado que no puede ni ir al lavabo a lavarse los dientes sin que le caiga una bomba encima. Su teléfono está controlado, de modo que sólo puede hacer aquellas llamadas a las que nosotros queramos dar curso. No se extrañe por nuestra diligencia, porque teniendo tiempo y dinero todo es posible. Hemos dispuesto de casi todo el día para hacer el arreglito en su aparato. Y sabiendo esto, escuche ahora nuestra oferta, polizonte.

Tragué saliva con dificultad.

La verdad era que me sentía acorralado.

Seguía oyendo el rumor del agua al caer sobre la piel de Lina, y no sé por qué, pero cada vez me parecía más que aquel agua estaba mojando inútilmente a una muerta.

La voz del torpedo masculló al otro lado del cable:

—¿Me oye o no me oye, Tracy?

—Claro que sí, puede hablar.

—La oferta es la siguiente: Puede salvar su piel a cambio de darnos la de la muchacha. No tenemos ningún interés en liquidarle, Tracy, pero nos estorba ese único testigo. De modo que oiga las

condiciones.

—Puedo denunciarlo por coacción —fue todo lo que se me ocurrió decir.

El otro rió bruscamente.

—¿Denunciar a quién? ¿A una voz que ha oído por teléfono? No sea ingenuo, amigo. Usted sabe que éste es un terreno pantanoso en el que no se puede mover. De modo que oiga: Sabemos que la muchacha está con usted.

—No está conmigo —mentí.

El otro volvió a reír nerviosamente.

—Ni en la campaña para las elecciones presidenciales he oído una mentira tan gorda, amigo. La chica está con usted. Incluso hemos oído su voz a través de los micros que hemos instalado en su apartamento. Y no moleste en buscarlos, porque ahora ya es inútil, Tracy. Ha sido un perfecto idiota al volver ahí, al sitio donde mejor podíamos acorralarle.

Sí, yo había sido un perfecto idiota.

No me cabía duda de que estaba acorralado.

Pero con voz tranquila todavía, pregunté:

—¿En qué se basa para hablar con tanta seguridad, pájaro?

—Haga una comprobación: deje un momento el teléfono sobre la mesa y abra la puerta. Luego volveremos a hablar.

Obedecí.

En el rellano, frente a la puerta de mi apartamento, había dos pistoleros. Uno llevaba rifle de complicada forma, por lo qué supuse debía ser el tío de los rayos infrarrojos que me había dado la bienvenida poco antes. No hicieron nada contra mí. Se limitaron a enseñarme sus armas para indicar a dónde podían llevarme con ellas, al igual que algunas señoritas enseñan las suyas para llevarle a uno a la parroquia.

Cerré y volví juntó teléfono.

Después de lo que había visto, suponía lo que debía haber en la calle y más allá de las ventanas.

Cuando sujeté el auricular del teléfono, la voz del torpedo se había vuelto insoportablemente burlona.

—Ya se habrá convencido de que no tiene escapatoria. Ahora oiga el trato...

Le interrumpí.

—Me queda por quemar un último cartucho, amigo.

—¿A qué se refiere?

—Ya sé que puede controlar la llamada y que, por tanto, puede impedirlo. Pero me interesa hablar con el general Bill Anders.

Mi interlocutor no opuso ningún obstáculo. Se limitó a preguntar:

—¿Conoce su número?

—Desde luego.

—Pues puede marcarlo. Yo volveré a llamar dentro de cinco minutos.

Colgamos los dos a la vez.

Disqué el número de Anders y tuve la suerte de encontrarle. Bueno, no sé si fue suerte. Más bien tengo la sensación de que el tipo esperaba mi llamada, y sus palabras confirmaron luego esa suposición.

—General Anders —le dije—. Soy el teniente Dick Tracy, de la Brigada de Homicidios de Nueva York. Estoy prácticamente acorralado en mi apartamento. Quiero saber si usted puede movilizar a alguien que venga en mi ayuda. Como general tiene más posibilidades que la misma policía. Contésteme inmediatamente. Se trata de una cuestión de vida o muerte que ha de resolverse en cuestión de minutos.

La voz de Anders era muy tranquila cuando me aconsejó:

—No sé de qué se trata, pero en todo caso más le conviene ceder, Tracy.

Colgó.

No obtuve de él ni una sola palabra más.

Pero para mí era suficiente.

Resultaba igual que si se hubiera puesto a lanzar un discurso, proclamando su culpabilidad, en el Congreso de Estados Unidos.

¡El general Bill Anders era el jefe de aquel grupo!

Ahora lo comprendía todo perfectamente bien.

De todos los buitres que componían la bandada, era el único que había sabido conservar el plumaje blanco hasta el fin. Metido en la comisión senatorial, había sabido convencer a los demás para que todo se resolviera mediante medidas administrativas, es decir, de ningún modo. Pero cuando yo llegué al motel de Washington, él ignoraba todavía que sus medidas habían tenido éxito y que el

senador Evans se plegaba a sus peticiones. Por eso intentó de nuevo matar a Lina Wong. Caso de no haber acudido yo al juez Marcuse, Anders no habría tenido necesidad de intentar liquidarme por medio del fulano de los rayos infrarrojos ni del despliegue de pistoleros que estaba actuando ahora. Pero es que en este momento el asunto había tomado un cariz judicial. Y la única testigo seguía molestándole como al principio de la aventura.

Reconozco que la cabeza me daba vueltas.

Reconozco qué allí había algo que no parecía normal.

Bill Anders era quien había puesto en mis maños a Lina Wong. Quien parecía haberla protegido desde que ella puso los pies en Estados Unidos.

Incluso no dudaba de que era cierto todo lo que me contó para justificar su actitud.

Lo del suicida. Lo del crimen simulado. Todo lo demás.

Pero con eso había conseguido colocar a Lina Wong bajo la protección de un solo hombre. Ahí estaba la jugada. A un hombre sólo se le puede vencer, se le puede comprar, se le puede matar, se le puede aterrorizar, como estaban haciendo conmigo. Le bastaba seguirme a mí para saber dónde estaba Lina Wong. Podían matarla con cierta facilidad, y encima yo estaría siempre dispuesto a creer y declarar que Anders era el único general inocente de todo el ejército de Estados Unidos. Por eso no había puesto demasiado interés en matarme a mí. En cierto modo, yo era su coartada. Y por eso me daría todas las probabilidades de salir con vida, siempre y cuando le entregase a Lina Wong.

Era mi vida o la de la muchacha.

Sentí que un escalofrío recorría mi espalda, El timbre volvió a sonar.

El torpedo, a juzgar por su voz, estaba más fresco que nunca. Parecían haberlo disparado desde el submarino otra vez.

—¿Qué? ¿Lo ha pensado bien, Tracy?

—Dígame cuáles son sus condiciones —susurré.

—Muy sencillas: son sólo dos. La primera consiste en que Lina Wong debe ser liquidada. La segunda es que lo hará usted mismo, honorable teniente Tracy.

Me estremecí.

Nunca me habían hecho una petición tan cínica, tan salvaje

como aquélla.

Sin darme cuenta, me mordí el labio inferior hasta hacerme sangre.

La voz musitó:

—¿Sorprendido, teniente?

—No. En el fondo, ¿por qué había de estarlo?

—Comprenderá que en esa segunda petición radica precisamente nuestra seguridad. Usted ya sabe demasiadas cosas.

—¿Y... y qué?

—Si somos nosotros los que hacemos el trabajo, podrá denunciarnos, aunque dudo mucho que ante un tribunal llegara a tener éxito. Pero es una posibilidad que no nos gusta. En cambio, si el trabajito lo hace usted, no hay duda de que las cosas marcharán como una seda. De modo que me ha entendido, supongo.

Dije, apenas sin voz:

—Sí.

—Muy bien. Entonces resuélvalo. De lo contrario no va a salir vivo de ahí. Sabe que llegaremos hasta las últimas consecuencias.

La «última consecuencia» era mi propio cadáver.

Yo lo entendía perfectamente.

Y todo hombre tiene apego a su piel. Ningún hombre desea, en el momento de la decisión, que se la arranquen a tiras.

—Están locos —susurré.

Pero lo dije sin convicción, sabiendo que no eran ellos los locos precisamente.

—Ése es asunto nuestro —masculló la voz—. Decida. Y no crea que vamos a perder el tiempo con esperas inútiles. Tiene dos minutos.

Tragué saliva de nuevo.

Mi garganta parecía de cartón piedra.

—Yo también tengo mis condiciones —dije.

—A verlas.

—Una: he de hacerlo a mi modo. Dos: nadie ha de reconocer el cadáver.

—Eso lo entiendo muy bien. Si el cadáver fuera identificado, significaría una acusación concretísima contra usted, Tracy.

—Entonces, de acuerdo. La muchacha estará sin sentido cuando la meta en un saco. Ustedes mismos lo comprobarán. La sacaré de la

casa y la meteré en el portaequipajes del «Pontiac» deportivo que tengo ante la puerta.

—Bien. Siga.

—La llevaré a la calle Ciento Uno, en la confluencia con la Séptima Avenida. Aquello ya es Harlem. Conozco muy bien la zona y está escasísimamente vigilada. Allí hay un edificio en construcción. Y existe una modernísima máquina trituradora de piedras, para la formación de argamasa.

El tipo del otro lado del cable me escuchaba atentamente.

Y mis palabras le iban entrando en el cerebro como entra el agua en la roca, gotita a gotita.

—Estoy situando el sector en el plano —murmuró—. Espere.

Esperé.

—Conforme —dijo, al cabo de unos momentos—. El sitio es bueno. Discreto, mal iluminado y apenas sin vigilancia. Pero no habrá bromistas, Tracy. Nosotros le seguiremos y además habrá dos controles en el camino.

—Lo encuentro natural. Como encuentro natural que no se metan en mi coche. Tengo que hacerlo solito, ¿no? Y ustedes, con las manos limpias.

El tipo escupió:

—Sí, Tracy. Solito. Y dese prisa. Esos amigos que están en el rellano entrarán dentro de cinco minutos.

Colgó.

Yo quedé con el auricular en la mano.

Parecía quemarme.

Y era extraño, porque, en cambio, sentía aquel espantoso frío en la espalda.

No sé si era el frío de mi propia muerte. Pero era, en todo caso, el frío de mi propia vergüenza.

Hasta entonces había seguido oyendo el ruido del agua de la ducha al caer.

Pero ahora me di cuenta de que el agua caía sobre el vacío.

La muchacha estaba detrás de mí.

Tal como había salido.

Me miraba con los ojos entornados, después de haberlo oído todo.

Me miraba como se mira a los cobardes, a los fracasados, a los

que sólo anhelan vivir.

Pero en el fondo tal vez me comprendió en aquel terrible momento.

En el fondo quizá supo que un hombre no puede vivir siempre de ideales, de oscuros sueños en los que termina dejándose la piel.

El caso fue que no se defendió.

Ni siquiera alzó las manos para defenderse cuando yo fui a golpearla en la nuca.

La vi caer de rodillas.

En la boca sentía una espantosa náusea.

Ella apenas acertó a modular:

—Dick...

La golpeé otra vez. Sé cómo hacerlo. Quedó tan sin sentido que a partir de aquel momento no se hubiese enterado de nada ni aunque la quemaran viva.

No habían transcurrido ni tres minutos desde que colgué el teléfono.

Pero los dos individuos del rellano entraron.

En silencio, con las armas preparadas.

Tenían esa especial gravedad de los sepultureros que van a retirar un cadáver. Y en realidad era así.

A la chica, que no llevaba nada encima, valía la pena mirarla. Pero yo no les dejé demasiado tiempo para disfrutar del espectáculo. Me hice con un saco de gran tamaño que siempre tenía en el apartamento para trasladar cosas por si algún día me mudaba de allí, y entre los tres metimos a la infeliz Lina Wong. Los mismos individuos me ayudaron a bajarla a la calle. ¿He dicho ya que la calle Treinta es en este sector como un pozo negro? Bueno, lo cierto es que nadie nos vio. Encerramos el saco en el portaequipajes del «Pontiac» deportivo y me puse al volante. Los dos individuos se dispusieron a seguirme en un «Ford» negro que tenían estacionado en las cercanías. Aquél era el control más riguroso entre los varios a que me iban a someter.

No deseo a nadie de ustedes que tenga que vivir una situación semejante.

El sudor helado bajaba por mi frente y por mi espalda; tengo la sensación de que me llenaba todo el cuerpo. Al salir a Broadway vi un «Chevrolet» estacionado en la esquina.

Era el primer control.

Rodamos Broadway arriba a poca velocidad, para que no me detuvieran por ninguna infracción de tráfico. Eso hubiera sido desastroso para mí, que obraba como un cobarde. Iba contando una a una las calles de mi ciudad natal, como si no las hubiera visto nunca. A la altura de la Ciento Uno y a la latitud de la Séptima Avenida, ya en Harlem, pasamos ante un «Mercury» azul que también estaba detenido, como esperándonos.

Era el segundo control.

Entonces di gas. Doblé bruscamente la esquina del callejón que tenía a mi izquierda. Perdí de vista al «Ford» durante dos minutos, quizá tres.

Cuando me encontraron de nuevo, yo estaba a la salida del callejón. Había disminuido la marcha para esperarles.

Nos adentramos a poca velocidad en aquel mundo medio científico, medio misterioso y en parte lleno de suciedad del edificio en construcción.

Allí estaba la gran máquina trituradora.

Y allí estaban todos.

La plana mayor.

Torpedos de todas las categorías, desde los viejos y ya oxidados de la última guerra mundial (que habían hecho su fortuna con la venta de armas usadas), a los torpedos nuevos y relucientes recién salidos de las academias nocturnas del crimen para las que siempre hay plaza gratuita en toda la calle Cuarenta y Dos. Me alegró de verdad verlos. Tendría su importancia más adelante, el haberles visto las bocas, las orejas gachas y las narices de tiburón. No faltaba ni el general Bill Andera. Aquello era como una revista del día de la Independencia.

Recuerdo que no hubo palabras.

Los tipos que me seguían ya debían haber dado su conformidad por radioteléfono, desde el «Ford». Yo contaba con esto.

Contaba también con que, cuando se va a cometer un crimen tan repugnante, la gente sólo quiere una cosa:

Metieron el saco en la trituradora.

La hicieron funcionar.

Nunca olvidaré aquel ruido, aquel horrible chasquido, aquella sensación de muerte mecánica y científica que llenaba el aire.

Nunca lo olvidaré, maldita sea mi estampa, aunque viva cien años.

Todo terminó en un par de minutos.

Al día siguiente, cuando descubrieran el cadáver, tendrían tan pocos indicios como el que descubre en Australia un pedazo de carne congelada de la Argentina.

Bien, ya había terminado.

No hubo palabras, no hubo discursos, no hubo despedidas patrióticas de las que le hubieran sentado tan bien al general Anders.

Simplemente, me dejaron solo.

Sólo con mi vergüenza, con mi tristeza y con la sensación de haber hecho algo que no volvería a repetir.

Encendí un cigarrillo y dejé pasar cinco minutos.

Luego me largué en el «Pontiac» deportivo.

Existían dos cosas en las que no se habían fijado los esbirros: este «Pontiac» no tenía impactos de bala. Y el saco que habían metido en la trituradora era levemente distinto del que yo saqué de mi apartamento.

Volví a hacer el cambiazo en el mismo sitio donde lo había hecho unos minutos antes: en el pequeño almacén que había a la entrada del callejón y donde pedí a los que me alquilaron el coche que lo depositaran cuidadosamente. También había pedido a Russell que en cualquier lugar de la calle en que eso le fuera posible atacara a Serena Mansfield —después de creer sus jefes que ella estaba segura—, y la llevara a aquel mismo lugar tras procurarse un saco de ciertas características que le describí y tras procurarse, además, una inyección somnífera para la mujer. Russell había trabajado bien y sin hacer preguntas.

Quizá ustedes se pregunten en qué momento llegué a sospechar que las cosas se me pondrían imposibles, hasta el punto de tener que tomar aquella trágica decisión. Fue cuando trataron de matarme en el hotel de Washington y luego Evans me dijo que Anders aún no sabía que el juicio no iba a celebrarse. Fue entonces cuando comprendí que no tenía escapatoria, y que para hacer cosquillas al lobo, lo mejor es meterse en su boca.

Arranqué con el coche en cuyo portaequipajes iba Lina Wong. Tendría que preocuparme de buscarle algunas ropas, porque la chica no llevaba nada encima.

Pero no tenía prisa para eso.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Pirañas son unos peces del Amazonas y afluentes que se conocen por su terrible voracidad. Devoran a una persona, y hasta un buey, en cuestión de segundos, no dejando más que los huesos. (N. del A.). < <

[2] Wolf System, aparcamiento por pisos que se emplea en el centro de Manhattan, en la mayoría de cuyas calles está prohibido estacionarse hasta después de la hora del cierre de las oficinas. (Nota del Autor). < <